

**SOCIEDAD Y CULTURA MATERIAL
DE LA NUEVA GRANADA
¿PREFERENCIAS O REFERENCIAS?
APORTES DE LA ARQUEOLOGIA HISTORICA
EN COLOMBIA**

Monika Therrien*

* Instituto Colombiano de Antropología

In Colombia archaeological studies have only recently played a part in the restoration projects for national historic monuments. After a brief survey of the development of these studies and a more detailed description of the excavations in three convents in different towns, there follows a discussion of the role played by historic archaeology in these projects. Methods are proposed for drawing conclusions not only about the way in which the building studied evolved over the years but also about the way of life of the occupants. The possibility of working more closely, in future, with other disciplines, particularly architecture and history, suggests that, besides recovering information for use in the restoration of the monument, historical archaeology should also place this information within the context of local and regional society.

INTRODUCCIÓN

El actual artículo presenta los resultados de las excavaciones de tres antiguos conventos: San Agustín y San Francisco en Villa de Leyva (Boyacá) y San Francisco en Ocaña (Santander del Norte) (Therrien 1993a, 1993b, 1995). Se centra en aspectos como el comportamiento cultural de los grupos sociales que los habitaron frente al uso del espacio, así como en sus relaciones sociales y económicas a escala local y externa.

No se pretende agotar aquí la discusión sobre el aporte de la arqueología histórica, ni sobre la temática social y económica vista desde esta perspectiva. Por el contrario, el estudio se orienta específicamente a analizar e interpretar estos ámbitos a partir de sitios que fueron inicialmente ocupados por comunidades religiosas. Se busca aportar a la discusión sobre los

alcances de este campo de estudio y con ello se aspira a ampliar las experiencias prácticas y las propuestas teóricas que giran en torno al tema.

El término *histórico* empleado para identificar la arqueología discutida aquí, se refiere al área de investigación cuya metodología cuenta con las herramientas de análisis habituales provenientes especialmente de la biología (fauna, plantas, restos humanos), de la físico-química (datación, materias primas), la geomorfología o los suelos y, además, se apoya en los estudios de relatos orales, iconografía, arquitectura e historia. Pero ante todo es una disciplina capaz de plantear preguntas que conduzcan a reconstruir, desde la perspectiva de la cultura material, antropológica e histórica, distintos desarrollos culturales del pasado con registro documental¹.

1 Un futuro debate puede y debe girar en torno al uso del término de histórico mismo. Para algunos autores no existe ninguna variación teórica-metodológica entre las investigaciones arqueológicas que comprenden las ocupaciones posteriores a la conquista y colonización del continente americano o las anteriores a ellas. El término histórico en este caso, sólo busca abarcar los procesos inmediatamente anteriores a la formación de los Estados actuales y los grupos humanos que los conforman:

“...se ocupan de las personas, lugares y procesos atados a la Revolución Industrial, el fundamento del mundo anglo-parlante moderno, o directamente con los americanos modernos. No solo no nos enfrentamos con lo prehistórico, no estamos interesados en lo ‘cross-cultural’” (Leone 1977: xviii).

Para otros, la arqueología consiste de unos métodos y técnicas útiles para dar a conocer cualquier período. En términos de los desarrollos culturales, los objetivos son similares:

“Estas ideas van penetrando, mostrando la cara real de la arqueología, enseñándonos la ininterrumpida realidad histórica y mostrando que las Ciencias Antropológicas tienen sistemas y técnicas, una metodología, que el arqueólogo puede y debe emplear, pero que ante todo es historiador, no sólo de los tiempos y los pueblos que carecieron de escritura, los prehistóricos y protohistóricos, sino también de aquellos aspectos del tiempo histórico de los que no existe documentación escrita para una serie de actividades cuya presencia y restos se recuperan e integran a la historia mediante la técnica arqueológica” (Lorenzo 1980:110).

Sin embargo, el interés se dirige al carácter técnico de la arqueología —como proveedora de objetos— y no en su capacidad de conjugar problemas de investigación que buscan ser resueltos. En otros casos, la visión teórica y metodológica trasciende el debate de la presencia o ausencia de teoría en arqueología, para subrayar el carácter difuso de los límites disciplinarios. De acuerdo a esto, existen posiciones como la de Deetz quien proporciona una definición bastante difundida de la arqueología histórica:

“...es la arqueología de la expansión de las culturas europeas a través del mundo a partir del siglo XV y su impacto e interacción con las culturas de los nativos” (Deetz 1996:5).

O la de Orser y Fagan, que añade otras dimensiones a la anterior:

En sentido práctico, respecto al intercambio de información e intereses, el término arqueología histórica permite congregarse a aquellos investigadores cuyos estudios resaltan el conocimiento de las sociedades posteriores a la conquista y colonización, lo cual no descarta el remitirse o incluir al período anterior.

Una rápida revisión a los trabajos de arqueología histórica en Colombia muestra cómo han sido, en su mayoría, producto de incursiones casuales más que de proyectos con una problemática definida. Estos pueden agruparse en tres tipos diferentes de investigación:

1. Aquellos trabajos de reconocimiento, excavación o rescate enfocados a obtener datos sobre los grupos indígenas prehispánicos y cuyos análisis —Carbono 14 o los materiales culturales asociados— demuestran que los yacimientos investigados son más recientes, del período colonial o republicano (ver Botiva 1984, Boada et al. 1989, Lleras 1989, Pradilla et al. 1995, entre otros).
2. Los que se han planteado específicamente como estudios de arqueología histórica (Benavides 1993, Martín 1995, Therrien 1991), pero los recursos necesarios para llevarlos a cabo han sido exigüos. La falta de apoyo económico se debe a la creencia generalizada según la cual se puede encontrar en los documentos escritos toda la información requerida acerca de los diversos grupos humanos de los períodos posteriores a la conquista; la financiación y atención se dirigen primordialmente hacia la arqueología prehispánica que carece de tan “valiosa” fuente.
3. De manera reciente se destacan los estudios arqueológicos preliminares exigidos en los proyectos de restauración —o de demolición (Duque Gómez 1960)— arquitectónica de monumentos históricos, los cuales se orientan a completar el cuadro constructivo del edificio más que el de los grupos humanos relacionados con el mismo. Los estudios cuentan con una financiación bastante precaria para su ejecución, pero el contar

“...la arqueología histórica es un campo multidisciplinario que comparte una relación especial con las disciplinas formales de la antropología e historia, que enfoca su atención en el pasado post-prehistórico, y que busca entender la naturaleza global de la vida moderna” (Orser et al. 1995:14).

Cualquiera que sea la posición asumida, es evidente que el propósito de esta disciplina es resolver sus investigaciones con información alterna o complementaria a la obtenida de los documentos escritos. El debate está en marcha.

con apoyo económico, ha hecho que las excavaciones en los edificios declarados monumentos nacionales sean hoy en día la mayor fuente de datos arqueológicos para los períodos posteriores a la llegada de los españoles. En este artículo voy a referirme a esta última opción, presentando algunas sugerencias para el ejercicio de esta arqueología y a la vez, algunos resultados que pretenden mostrar su alcance.

Los estudios arqueológicos ideales, realizados en los monumentos, requieren de por lo menos dos propósitos de investigación; sin embargo, su financiación apenas alcanza para uno. El primero, para lo cual específicamente se contrata al arqueólogo, aporta al arquitecto restaurador datos referentes a la evolución y uso de los espacios del sitio —evidente a través de antiguas estructuras, cimientos, cambios de nivel, profundidades de los pisos y materiales constructivos de la edificación— para así poder contar con los elementos necesarios para el diseño arquitectónico del proyecto de restauración. Por tratarse de un proceso destructivo, se requiere elaborar un registro exhaustivo (documental, fotográfico y gráfico) de los hallazgos arqueológicos.

Voces de la historia

Paralelo a esto —e idealmente—, el arqueólogo busca responder algunas problemáticas histórico-arqueológicas regionales, cuya formulación depende de las características del área (urbana, rural, costera, de montaña, etc.) y el tipo de monumento investigado (estación de tren, molino, aduana, convento, etc.). En general, se considera que el sitio no está aislado de su entorno; su construcción y sus modificaciones se relacionan con las características de quienes lo habitaron o utilizaron y sus actividades. A la vez, la cultura material dejada por sus moradores proporciona información acerca de las distintas coyunturas locales, regionales y hasta globales, en las cuales participaron.

Por falta de tiempo, de interés o por desconocer los alcances de los estudios arqueológicos, este segundo objetivo no se propicia y entra en conflicto con los proyectos de restauración. Sin embargo, para los arqueólogos las evidencias materiales de la acción o presencia del hombre —documentales, estructurales o de vestigios culturales— sólo tienen sentido cuando se las ubica en un contexto más amplio que el inmediato. Un documento suelto, un edificio aislado, un artefacto único, aporta indicios acerca de su significado para quienes lo elaboraron o lo utilizaron, pero el cuadro bien puede completarse y complementarse con información más general del ámbito sociocultural del cual emerge.

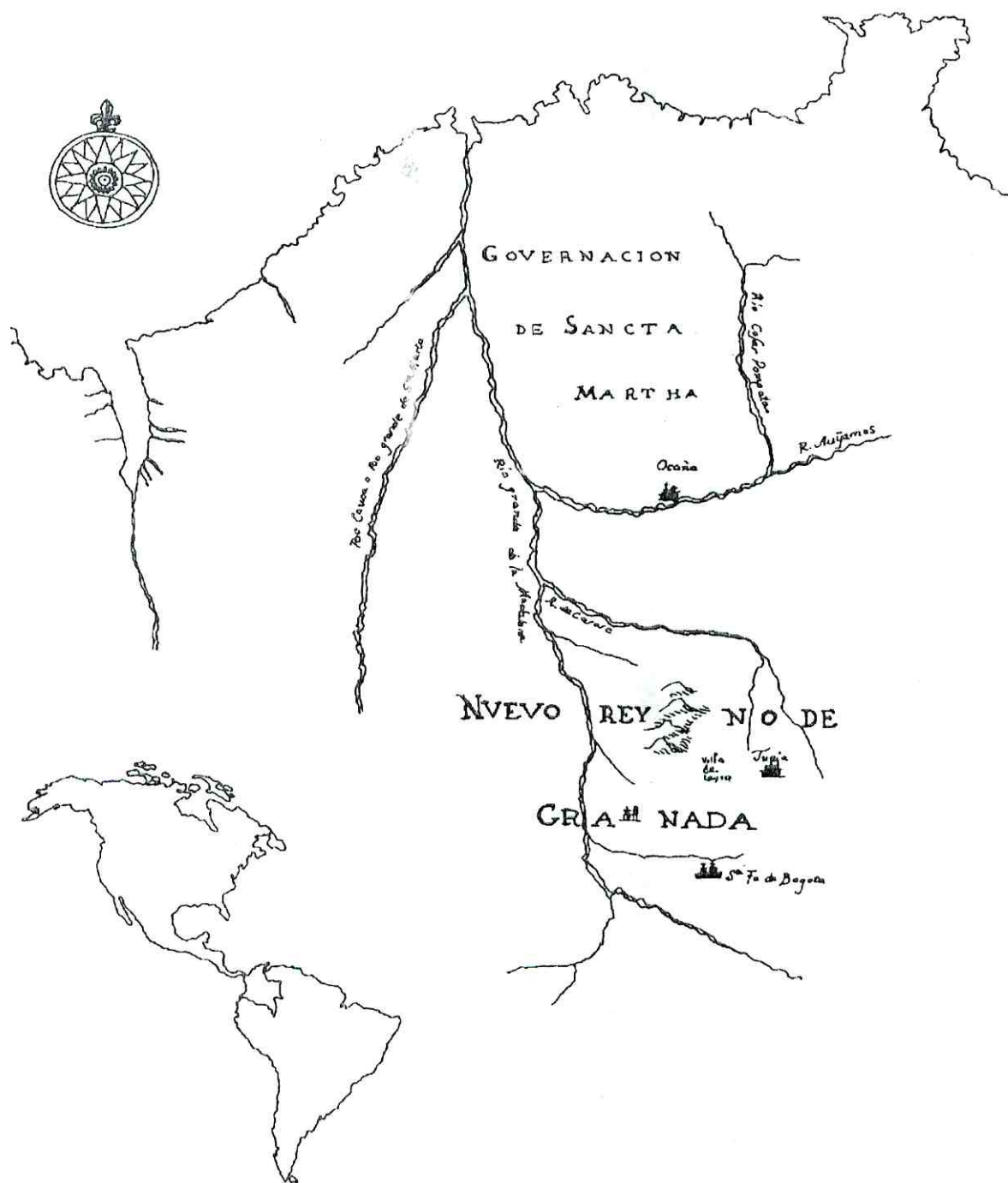


Figura 1. Mapa del Nuevo Reino de Granada. Guillermo Blaeuw, Amsterdam, 1650. Atlas de Colombia, Instituto Geográfico Agustín Codazzi, 1967.

Por ahora, las investigaciones se reducen a las inquietudes sobre la historia arquitectónica del monumento, como es el caso de los tres conventos: ¿Se cumple o no el modelo constructivo franciscano en los conventos de la villa de Leyva o de Ocaña? ¿Corresponde el uso de los espacios al encontrado en otros conventos de Bogotá u otra ciudad o territorio? ¿Cuántas celdas tenían? ¿Dónde estaban el refectorio, la sacristía, la puerta principal? Estas son algunas de las preguntas que se hace el arquitecto restaurador². Sin embargo, en ocasiones las preguntas planteadas desde esos otros ámbitos podrían conducir a encontrar respuestas más completas: ¿Existieron las condiciones económicas para implantar el modelo de construcción tradicional en los conventos de Villa de Leyva u Ocaña? ¿Hay relación entre los ciclos altos y bajos de las economías regionales y las readecuaciones de estos conventos, o los cambios efectuados en ellos se deben a factores de prestigio y competencia entre las varias comunidades religiosas asentadas en un mismo lugar? ¿La comparación entre la cultura material, las dimensiones de los edificios y otras características estructurales de los antiguos conventos de San Francisco y San Agustín, permiten inferir la posición y prestancia de las comunidades religiosas frente a otros conventos de la misma localidad? ¿Los usos dados posteriormente a estos conventos (hospitales, colegios, hoteles, etc.) reflejan la inestabilidad de los procesos socio-económicos de los dos últimos siglos?

Desde esta perspectiva, la restauración de monumentos no debe ser sólo una actividad dirigida a recuperar evidencias aisladas, para ponerlas al servicio de un proyecto arquitectónico. Poner los monumentos inmuebles restaurados al servicio de los habitantes de la localidad implica darlos a conocer en su integridad, como un pasado que se construye desde el presente, a partir de distintas perspectivas e intereses. Esto requiere abarcar el proceso evolutivo y utilitario del edificio e insertarlo dentro de los procesos de desarrollo socio-político, económico y cultural que lo han rodeado y moldeado en todas las épocas.

2 En la mayoría de proyectos existe un interés recurrente por reconstruir las fuentes y conductos de aguas que surtían a estos monumentos. La escasez actual de este recurso y la formación de algunos arquitectos en Europa, donde los acueductos romanos son famosos, podrían explicar éste énfasis implícito. Sitios como Villa de Leyva, donde llegaron a funcionar simultáneamente hasta más de cinco molinos activados por agua, parecen haber contado anteriormente con agua en abundancia.

METODOLOGÍA

Un modo de vida conventual —con sus oraciones, horas de lectura, doctrinas, ayunos o alimentación— implica una forma específica de diseño para la construcción de su recinto que se ajuste a las actividades desarrolladas dentro de éste. Sin embargo, las condiciones mismas de la comunidad (los principios que mueven su vocación, el número de personas que la componen, las funciones que debe desempeñar), el lugar donde se asienta, el paso del tiempo, las nuevas necesidades o actividades, el abandono o cambio de uso del convento como tal, conducen a la modificación del edificio y sus espacios.

Estos cambios son susceptibles de ser encontrados arqueológicamente, pero no necesariamente como suele imaginarse, es decir, intactos o evidentes. No siempre hay superposición —un piso sobre otro—, no siempre es claro el cambio reflejado en las huellas estructurales —cimientos o antiguos muros—, no siempre lo más profundo es lo más antiguo (podría tratarse de rellenos recientes o cimientos más nuevos).

En arqueología existen ciertas nociones muy difundidas, como por ejemplo, que la superposición de pisos culturales, aquellos producidos por la acción del hombre, obedece a las mismas leyes que rigen la formación de los estratos geológicos. Sin embargo, nuevas tendencias que estudian las diferentes actividades de los seres humanos ocurridas en el pasado (inmediato y lejano), buscan demostrar que la estratigrafía generada por estos es orgánica, móvil y distinta a la geológica (Harris 1989:20). Este fundamento, la acción del hombre, permite poner en evidencia las *fases* de ocupación y uso de los espacios, así como las *interficies* de destrucción o superposición del espacio, visibles mediante el estudio estratigráfico³. Cada unidad estratigráfica se diferencia por los materiales constructivos y culturales contenidos en ella, por las alteraciones que se producen en el proceso de asentarlos o por la matriz que la contenga (i.e. el tipo de suelo).

De la excavación de estos pisos de ocupación o estratos culturales y los rasgos (huellas de fogón, de poste y de tumbas) se obtienen los materiales culturales que identifican un período, una actividad específica, la relación

3. La *fase* se define como la superficie externa original, la parte expuesta o en uso, de una unidad de estratificación (Harris 1989:156). La *interficie* identifica el período en el cual una unidad de estratificación dada ha sido destruida por excavaciones o alteraciones posteriores (Harris 1989:157).

entre ellos en el sitio arqueológico y de éste con el entorno —socio-cultural y ambiental—. Es posible, por medio del material, identificar relaciones económicas y prácticas sociales o rituales; la interpretación de los datos conduce a una reconstrucción de estos aspectos y permite entender la función de los espacios según su distribución.

Para obtener los datos que permitieran responder a las inquietudes de los arquitectos (¿Se cumple o no el modelo constructivo particular de cada comunidad en los conventos estudiados?) pero además las arqueológicas (¿Cuáles fueron las condiciones económicas de las comunidades que habitaron los conventos de Villa de Leyva u Ocaña y cómo afecta esto la posibilidad de implantar el modelo constructivo tradicional de estas comunidades?), se optó por efectuar en los tres monumentos trincheras y/o sondeos, denominados a lo largo de estas investigaciones como Unidades de Excavación (en adelante UE).

Esta es la mínima unidad significativa, arqueológicamente hablando, de la cual puede extraerse información. En el caso de los conventos, el tamaño de estas unidades varió de acuerdo con las circunstancias y características del proyecto, mientras que su localización estuvo ligada a la información que se requería recuperar⁴. De esta manera, fue posible detectar las modificaciones y los usos dados a los antiguos y nuevos espacios y en ellos obtener el material cultural que los definieron así. Como en cualquier excavación se llegó hasta el piso estéril culturalmente.

Lo ideal, en todos los casos, sería excavar la totalidad del área durante la etapa de obra de restauración del monumento, la cual dura entre uno y dos años (a veces más). En estas condiciones sería posible excavar en áreas más grandes y a mayor profundidad (en los casos en que se requiera, como por ejemplo en tumbas, basureros, rellenos y acequias). Sin embargo, dado el esquema que opera actualmente, la mayor intervención del arqueólogo se efectúa durante la fase de estudio preliminar para el diseño del proyecto, que además es la de más corta duración (máximo cuatro meses).

4 No se procedió de manera sistemática a efectuar sondeos de dimensiones similares en cada espacio sabiendo de antemano que existía información que cualitativamente era de interés: p.e. las tumbas dentro de la iglesia de los conventos o las cocinas ameritaron excavaciones más extensas que los sondeos en las puertas de acceso o en el refectorio.

A partir de los sondeos estratigráficos y del material cultural excavado se plantearon, para cada uno de los casos examinados aquí, algunas hipótesis sobre las fases de ocupación. La presentación de los resultados sigue la secuencia de análisis de los hallazgos. Se describen primero las estructuras y rasgos cuya posición estratigráfica dentro del contexto general del sitio, permite ubicarlos en una secuencia cronológica relativa y se definen las etapas sucesivas de ocupación y modificación del monumento. Más adelante, el análisis de los materiales culturales con su contexto definido por el estrato, estructura o rasgo en el cual fueron encontrados, complementa las hipótesis sobre la historia evolutiva del edificio, a la vez que provee la información adicional sobre sus ocupantes, algunas de sus actividades e interrelaciones locales y externas y patrones de comportamiento general.

ARQUEOLOGÍA HISTÓRICA Y EVOLUCIÓN DE LOS ESPACIOS

Tal como se planteó en la introducción, los estudios arqueológicos en los proyectos de restauración de monumentos inmuebles cumplen con propósitos específicos encaminados, según los lineamientos trazados por la Subdirección de Monumentos Nacionales⁵, a contribuir al conocimiento sobre la construcción y adecuaciones de la edificación, con el fin de orientar y sustentar el diseño arquitectónico que forma parte de la propuesta para su futuro uso. De igual manera, el arqueólogo se encarga de registrar todos los vestigios susceptibles de ser destruidos, tanto por la acción de la restauración como por el quehacer arqueológico; de esta manera, el registro se convierte en otra memoria documental del monumento. Esta es una faceta necesaria para entender y contextualizar los materiales culturales del sitio, asociados a una de sus etapas de uso o a diferentes actividades.

En el caso de los conventos, todos contaban por lo general con espacios componentes comunes: portería, celdas, refectorio, cocina, sacristía, sala capitular, algunos eventualmente incluían salón de profundis y obviamente todos tenían su templo. La disposición y tamaño de estos espacios variaba de acuerdo con los preceptos y necesidades de cada comunidad religiosa, pero generalmente el área del claustro era aproximadamente un tercio del

5 División del Instituto Nacional de Vías (Invias), Ministerio de Transporte. La Subdirección de Monumentos Nacionales es la encargada de financiar a nivel nacional los proyectos de restauración de bienes inmuebles. La aprobación del diseño de los mismos se otorga en el Consejo de Monumentos Nacionales (Colcultura).

largo del templo y en áreas rurales casi siempre era de forma cuadrada (Gutiérrez 1992:257). Sin embargo, las condiciones de la región o localidad donde se insertaba eran factores que también influían en el efecto final de la construcción, como veremos en los casos estudiados aquí.

La misión de estas comunidades religiosas era la de evangelizar y adoctrinar a las poblaciones indígenas principalmente y, además, proveer de los servicios religiosos a toda la sociedad; algunos conventos también funcionaron como instituciones de enseñanza o talleres artesanales con el fin de educar y auxiliar a los nativos. Los recursos con que contaban las comunidades para mantenerse provenían de diversas fuentes: limosnas de personas pudientes, pagos por servicios como bautizos, matrimonios o entierros o de los encomenderos y hacendados por el adoctrinamiento de los indígenas a su cargo o, en otros casos, de bienes y tierras donados en testamentos, los cuales ponían a producir. No todos tenían acceso por igual a estos recursos, ello motivado por los preceptos mismos de la comunidad, como es el caso de los franciscanos, orden mendicante, que sólo podía sostenerse con el producto de las limosnas.

Existe bastante documentación escrita sobre las comunidades religiosas (Ariza 1963, Mantilla 1984, Matute 1897, Mesanza 1936), el papel que jugaron durante la conquista, la colonia y los posteriores avatares durante la época republicana, sobre su vocación, sus diferencias entre sí y su injerencia en la sociedad. Pero hace falta un estudio detallado acerca de diversos aspectos de su vida cotidiana, los cuales son explorados actualmente en documentos como inventarios y censos, en los inmuebles y las características peculiares de los mismos y, más recientemente, a través de la cultura material. ¿Qué demuestran los anteriores sobre el desempeño local e inserción de estas comunidades en una región? ¿Cómo se comparan estos a escala global con otros procesos similares?

Convento de San Agustín, Villa de Leyva

Villa de Leyva, fue inicialmente fundada en el valle de Saquencipá en 1572, como respuesta a la necesidad de ubicar a un grupo de soldados españoles, pertenecientes a las huestes conquistadoras, que no contaban con tierras ni bienes y para los cuales no había solares disponibles en la ciudad de Tunja. Sin embargo, diez años más tarde, por petición de los indígenas de la zona, dicha villa fue trasladada a su emplazamiento actual, donde se iniciaron poco a poco las construcciones de viviendas, conventos, locales comerciales, molinos, etc.

Acerca de la historia de esta localidad se han escrito varios textos, los cuales destacan uno u otro evento de interés para el autor; entre ellos se encuentran los documentos que permiten identificar personajes que pasaron por esta villa y grandes sucesos ocurridos allí: la muerte de Antonio Nariño, el nacimiento de Ricaurte, las visitas del virrey Andrés Díaz Venero de Leyva o Juan de Castellanos (algunos publicados por la Academia Nacional de Historia). Otros resaltan la vida conventual, ya que aun siendo pequeña, Villa de Leyva logró congregarse hasta cinco comunidades religiosas a un mismo tiempo (Ariza 1963, Corradine 1986, Mesanza 1936). El aspecto ecológico y la explotación de recursos, por las características ambientales de la región, resulta ser también otro tema de interés que desarrollan varios autores e incluye la época prehispánica (Falchetti 1975, Molano 1990). Su historia es rica pero se dispersa hacia diferentes ámbitos y aunque existen varios textos que compilan el desarrollo de Villa de Leyva, sólo ocasionalmente se encuentran aquellas que hacen uso de fuentes primarias (Ariza 1972) y más bien son frecuentes las que se limitan a narrar la historia local a partir de las percepciones y opiniones personales de los autores (Sáenz 1968).

En 1959 se declara monumento nacional y sólo de manera reciente se viene reconstruyendo su historia a partir de fuentes primarias, inducida en parte por la restauración de varios inmuebles. En su mayoría, estos estudios se han enfocado específicamente a la memoria constructiva de los edificios y no a la historia local de la villa.

En 1993, cuando se iniciaron los estudios arqueológicos del convento de San Agustín, se advertía su avanzado estado de deterioro y abandono; hoy se encuentra totalmente restaurado y en él funciona el Instituto von Humboldt (entidad de carácter mixto adscrito al Ministerio del Medio Ambiente).

En un trabajo paralelo, el arquitecto restaurador encargado del diseño del proyecto, elaboró la recopilación histórica acerca de la fundación y las diversas ocupaciones subsiguientes que tuvo el convento (Poveda 1993). Fue fundado por la comunidad de agustinos a finales en 1590 y contó desde un comienzo con un número muy reducido de clérigos. No obstante, era un recinto frecuentado durante las reuniones de dicha comunidad, a las cuales asistía un grupo numeroso de curas de diferentes localidades. Sólo se vuelve a tener noticias del convento por un inventario efectuado en 1805, el cual lo describía con once celdas, un refectorio, cocina, letrinas, iglesia y patios.

Poco después, en 1837, la comunidad lo abandonó y duró así hasta 1858, cuando pasó a ser utilizado como fábrica de jabón. Posteriormente y en estado ruinoso, su ocupación alternó entre ser refugio de soldados en varias guerras y sede de distintos colegios. Pasó luego a manos de las religiosas dominicas quienes lo transformaron en un internado para niñas (1880-1884, 1886-1944) y finalmente, hasta 1974 funcionó como Escuela Normal de Señoritas. A partir de ese momento, el edificio queda nuevamente abandonado hasta 1992, cuando se inician los estudios para su restauración.

Paralelamente con la documentación histórica se realizaron excavaciones arqueológicas (Fig.2), por medio de las cuales se evidenciaron varias fases de construcción y ocupación e interfaces de destrucción que, soportadas en el análisis de los materiales culturales, complementan estos datos de archivo.

Para identificar y diferenciar el conjunto arquitectónico original del convento con respecto a las modificaciones efectuadas con posterioridad, se estableció un principio derivado del análisis de los materiales constructivos. Con base en la observación de las características de estos, cuyo patrón se repite en otros edificios, se pudo apreciar que las estructuras originales de las edificaciones, tales como los cimientos y la tapia pisada o el adobe de los muros, pueden ser identificadas por la “limpieza” de sus elementos⁶. En el caso de los cimientos, además de la roca y la arcilla —utilizada ésta como mortero—, no se presentaron inclusiones tales como fragmentos de materiales de construcción o culturales propios de terrenos ya en uso. Con el paso del tiempo, una vez colonizada y habitada el área, aparecen sobrantes de obra —tejas y ladrillos rotos— o basura, que se mezclan natural o intencionalmente con el relleno de los cimientos levantados posteriormente. Esta característica permite, con cierto grado de certeza, diferenciar las estructuras más nuevas de las más antiguas.

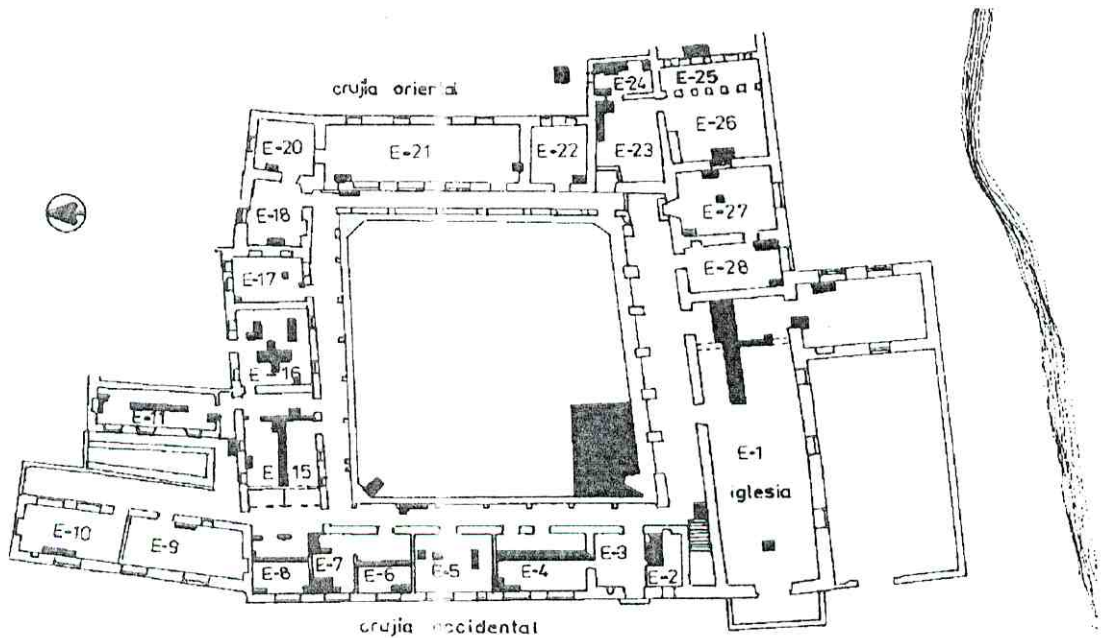
Lo mismo sucede con la tapia pisada, el adobe o el bahareque de los muros. El diario vivir genera desechos. El comportamiento mostrado por una familia que habitaba una casa construida recientemente dentro del recinto conventual, era el de botar la basura en un rincón del patio trasero o en uno de los espacios abandonados del convento, aledaño a la casa. De ser necesario fabricar adobes en estas áreas, por ejemplo, la arcilla inevita-

6 Un ejemplo nítido de este proceso también se observó en la ermita del Señor de los Milagros de Buga (cf. Rodríguez et al. 1991).

blemente se revolverá con aquellos desechos esparcidos sobre la superficie donde se realiza la mezcla; estos materiales a su vez sirven de desgrasante.

Algunos ejemplos de lo anterior fueron evidentes en los muros de la crujía o ala norte (E-15, E-16 y E-17⁷) del convento (Fig.2), cuyos adobes presentaron inclusiones tales como restos óseos animales, humanos y material cultural, lo cual sólo es posible si un sitio ha sido ocupado por cierto tiempo; la identificación de los materiales culturales incorporados en la mezcla también proporciona una posición cronológica. Por el contrario, en los muros de tapia pisada del espacio 27 o los del muro norte de la iglesia (el muro sur fue levantado recientemente), no se evidenció inclusión alguna, lo que llevó a proponer su mayor antigüedad.

El relato oral constituyó otra herramienta para reconstruir una de las fases de ocupación del convento de San Agustín. Sobre la validez y



Unidades de excavación. ■

Figura 2. Convento de San Agustín, Villa de Leyva: distribución de los espacios antes de la restauración.

7 La numeración de los espacios corresponde a la establecida por el arquitecto encargado del proyecto.

objetividad de los datos obtenidos mediante el relato oral, se ha discutido que el tiempo y las circunstancias pueden distorsionar los recuerdos de los hechos. Sin embargo, la percepción del espacio, las actividades desarrolladas en él, pueden confrontarse y enriquecerse con otras historias orales o fuentes de información y son un aporte tan válido como el de los archivos o la cultura material, a los que pueden acudir los arqueólogos para documentar el pasado (Schuyler 1978).

En este caso, los datos recuperados mediante los relatos de Doña Aura María Borrás de Páez, al cotejarlos coincidieron con aquellos obtenidos en la excavación arqueológica. Doña Aura María quedó huérfana a la edad de cinco años y al no tener parientes que cuidaran de ella, fue alojada en el convento (cuando éste ya estaba en manos de la comunidad de dominicas) en el año 1916. Allí vivió hasta 1928, año en que “salió para casarse”. Estos doce años de internado, se consideraron como una experiencia con la cual se podrían reconstruir ciertos aspectos del convento a comienzos del siglo.

A partir de éstas y otras múltiples evidencias estructurales y estratigráficas, se presenta a continuación la secuencia de fases e interfaces, complementada con la información provista por el análisis del material cerámico, básicamente el importado, cuya cronología es conocida ya sea por su hallazgo en sitios estratificados o por el período de producción. Para esto es importante tener en cuenta otro principio, el de *terminus post quem*, es decir, que el estrato datado a partir del material cultural contenido en él (la cerámica por ejemplo), corresponde a una fecha posterior a la elaboración y uso de esos materiales (Deagan 1983:56, Deetz 1996:24).

Interficie 1: Proceso de Construcción (siglos XVI—XVII). La construcción del convento requirió la modificación y adecuación de las condiciones originales del terreno, lo cual implicó remociones de tierra o rellenos y en algunos casos la quema de vegetación, inferida a partir de la presencia de chispas de carbón.

Las similitudes y diferencias entre los cimientos de los distintos espacios, la verificación de la existencia o no de trabas entre estos, al igual que posibles similitudes en los estratos que los conforman, llevaron a plantear una secuencia en la construcción de las cuatro crujías o alas que componen el claustro.

La primera etapa (a fines del siglo XVI, cuando se funda el convento) se inicia con la construcción de la crujía occidental, en la que posiblemente

se adecuaron las celdas de los curas y la crujía sur, donde se levantó la iglesia. La similitud en ambas, de los cimientos y materiales constructivos con que se levantaron sus muros, permite proponer que éstas conformaron la primera estructura. De manera simultánea, hacia el lado oriental, se erigió posiblemente una enramada, donde funcionó la cocina.

La segunda etapa comprende de las crujías norte y oriental y la sacristía — en el ala sur—. Esto se documentó siguiendo los mismos lineamientos anteriores; en la sacristía fue evidente además que sus cimientos no estaban trabados con los de la iglesia. En la crujía norte el tamaño de los espacios fue imposible de definir para esta etapa; se observó que algunos cimientos no contenían inclusiones, sin embargo, los muros de adobe los tenían y de material bastante reciente. De otra parte, los pisos carecían de estratos⁸; al parecer de ahí se extrajo tierra lo que dificulta su interpretación. Por el contrario, la falta de mayor precisión en la crujía oriental obedece a la razón contraria; en ésta se hallaron varios estratos profundos con material cultural de cocina bastante antiguo, de lo cual se infiere su readecuación en varias oportunidades. Lo anterior y la presencia de conducciones de agua en esta zona, señalan que este espacio siguió siendo abierto.

La tercera etapa constructiva del convento corresponde a una capilla lateral que, por ciertas diferencias en los cimientos, así como por la documentación histórica en la que se menciona su construcción en 1684, se señala como la última.

Fase 2: Ocupación conventual (siglos XVII—XVIII). Esta fase se refiere al uso del monumento como convento de los agustinos (Fig.3). Entre los hallazgos que permitieron inferir la distribución de los espacios, se encuentran abundantes huellas de postes en el área identificada como de las celdas (en la crujía occidental). En una anterior exploración, efectuada posiblemente por personal de Invías, se retiraron todas las unidades estratigráficas de E-5, dejando al descubierto una serie de huellas de poste sobre el piso estéril, las cuales variaban tanto en dimensión y profundidad como en la forma. Se hizo el intento de diferenciarlas según su profundidad —a partir del nivel existente— y determinar alineamientos, pero al no existir la secuencia estratigráfica, fue imposible establecer a qué fase correspondía cada una de ellas. Algunas de estas huellas probablemente corresponden a los postes que sostenían los muros de bahareque que separan una celda de

8 Se pudo establecer que estos eran de madera, pero no antigua, pues en el espacio 17 se encontraron las puntillas modernas con las cuales los clavaron.

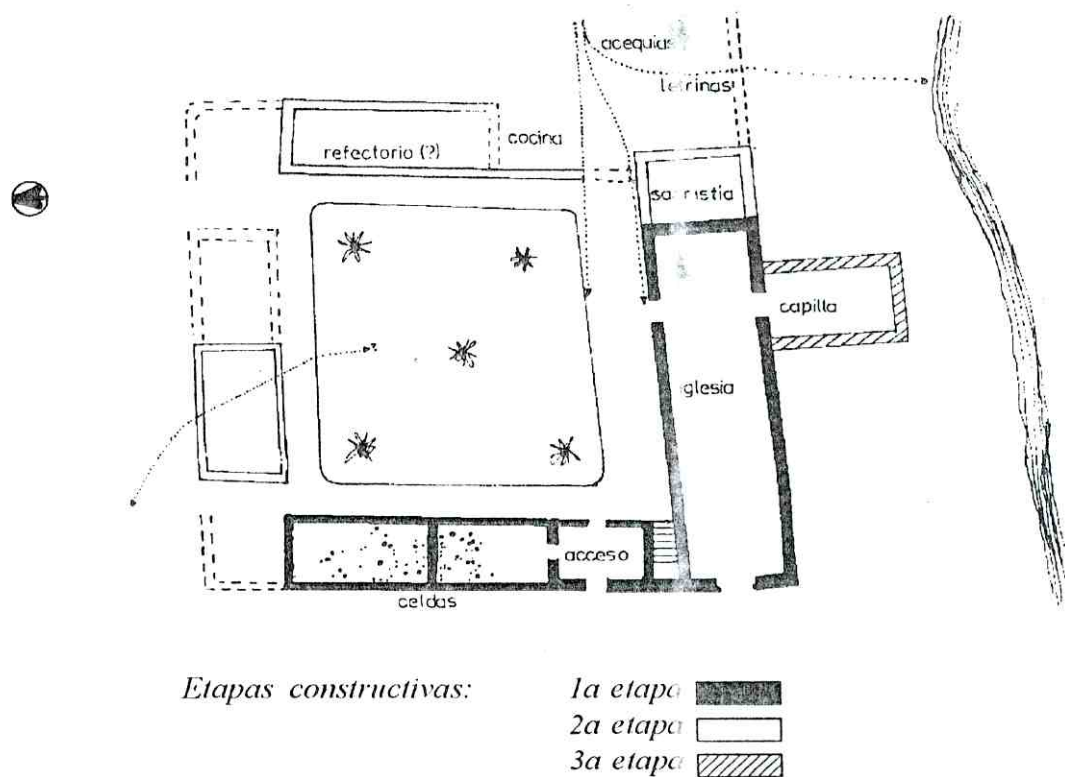


Figura 3. Convento de San Agustín, Villa de Leyva. Fase 2: ocupación conventual, siglo XVII.

otra, así como a las vigas para montar los andamios usados durante las reparaciones del lugar (goteras, pañetes y pintura, etc.). Estas huellas aparecieron en los demás espacios de esta crujía. Dentro de algunas de ellas se encontraron restos óseos animales, tanto de pescado (capitán, según identificación preliminar) como de ave (gallina, identificada también preliminarmente).

En la crujía occidental también se hallaron huellas de piso quemado, posiblemente de un fogón, ligadas a huellas de quema en el muro. En el documento de inventario de 1805 (Poveda 1993), se describen las celdas como un cuarto con una pequeña cocina; los rasgos encontrados podrían corresponder a esta descripción⁹. Otra evidencia que podría apoyar esta hipótesis es el hallazgo de una secuencia estratigráfica continua de materiales culturales y de carbón vegetal en un posible patio anexo a estas celdas

⁹ Aunque existe otro documento en el cual se señala que en 1884 un grupo de revolucionarios (posiblemente radicales opositores de Nuñez) se toma el convento: “Los soldados destruyeron a golpes de bayoneta las puertas y ventanas del Convento, desenladrillaron los pisos... convirtieron las celdas en cocinas... sin olvidar cubrir las paredes con letreros obscenos...” (Sor Teresa María de Jesús en Poveda 1993).

(hacia el norte), el cual estuvo destapado hasta época bastante reciente. Su uso como área de deposición de basuras (posiblemente provenientes de las cocinas de las celdas de los curas) se inicia tempranamente, lo cual se evidencia con el hallazgo, a una profundidad de 80 cms (similar a la de la primera cocina del convento), de un fragmento de cerámica italiana con decoración marmolizada, cuya producción se estima entre 1600 y 1650 (Deagan 1987:47). En los estratos más recientes se encontró cerámica local, con decoración similar a la actual.

El área identificada como la cocina del convento, en la crujía oriental, se infiere a partir de los estratos profundos y el contenido de los mismos. De un lado, a 80 cms de profundidad del piso actual, se hallaron ladrillos vitrificados así como tejas con huellas de altas temperaturas y hollín. Bajo estos, y hasta una profundidad de 1 m, se encontraron tiestos pertenecientes a platos y vasijas, algunos con hollín también (entre el material importado se obtuvo del tipo Sevilla Azul sobre Azul, producido entre 1560 y 1630, Deagan 1987:28). Se hallaron así mismo restos óseos de animales (reses y cerdos, según identificación preliminar) con huellas de cortes y fracturas hechas para su consumo. Por la manera como se distribuye el material en el espacio parece corresponder a un antiguo horno y, los tiestos asociados, a desechos de actividades domésticas y culinarias.

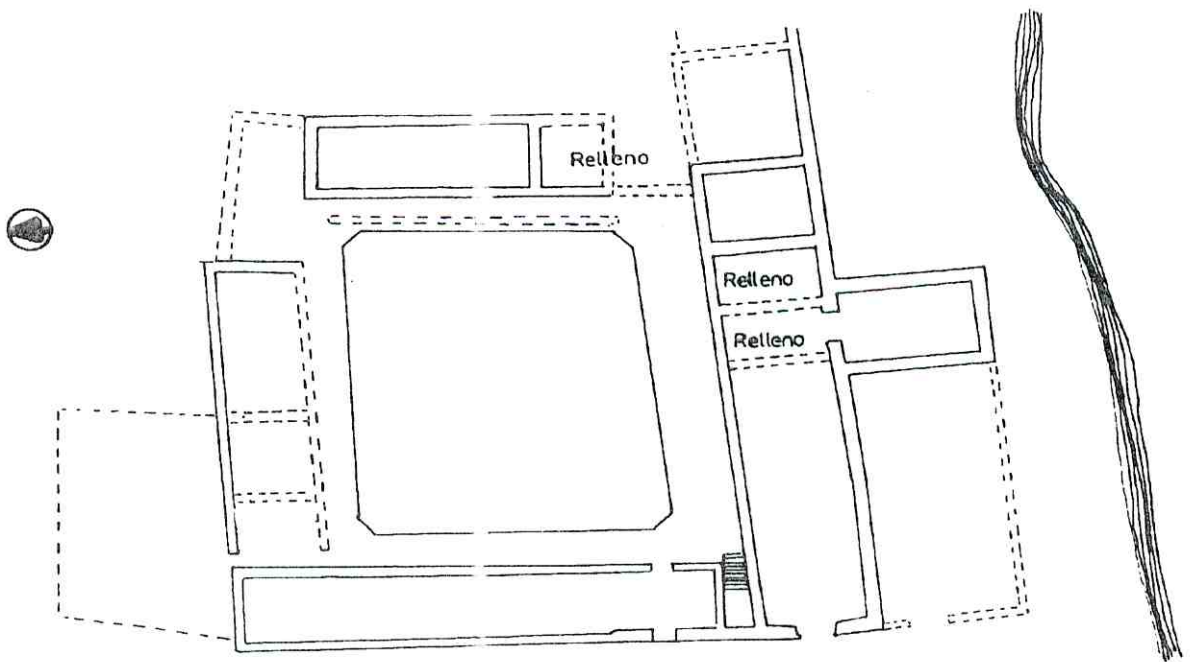


Figura 4. Convento de San Agustín, Villa de Leyva: interfaces siglos XIX y XX.

Doña Aura María informó que estos espacios fueron patios descubiertos con pisos de tierra o posiblemente empedrados (no se encontró evidencia), lo que corresponde con el contenido de las unidades estratigráficas más recientes, en las cuales se sigue presentando una gran densidad de carbón vegetal (sólo se encontró una muestra de carbón mineral) y material cultural con presencia de hollín, aunque también es particular de estos estratos la alta densidad de materiales constructivos (ya sin señales de uso como horno). Estas características pueden interpretarse como las de un estrato de relleno para nivelar el piso (que posiblemente se hizo durante la interfase siguiente) y ponerlo a la misma altura del refectorio, mucho más alto.

Otro aspecto notable es la presencia de los restos óseos animales, que en este espacio corresponden casi íntegramente a ganado vacuno, en contraste con lo hallado dentro de una de las huellas de poste de las celdas de la crujía occidental¹⁰, y que por ahora permite sugerir algunas inquietudes como ¿Correspondían el pescado y el pollo a los desechos de comida de algún cura? ¿Corresponderían a los de un albañil, quien los depositó al tapar el hueco de la viga de un andamio? Si se tratara de esto último, tendríamos un contraste entre la dieta de unos individuos —probablemente indígenas llevados a construir el edificio— frente a los religiosos, muy diciente en cuanto al acceso y tipo de recursos consumidos por los diferentes estamentos de la población. Si por el contrario se trata del primer caso, podría plantearse igualmente una dieta diferencial entre los curas de la misma comunidad.

Se documenta en los archivos que para fines del siglo XVIII, los agustinos emprenden algunas readecuaciones del edificio; posiblemente logran consolidar los espacios de las crujías norte y oriental para encerrar el claustro a la usanza tradicional. Coincidiría esta etapa con las inclusiones de material constructivo en los pisos y de cerámica reciente en los adobes de los muros del ala norte. Entre 1702 y 1711 se restaura el interior de la iglesia y su tejado; posiblemente con las tejas rotas se eleva el nivel del piso de E-15, donde se encontró un estrato relleno sólo con este material, con lo cual finalmente se unifican el ala norte y occidental. La crujía oriental parece sufrir el mismo cambio, cuando el E-21 se nivela con la cocina y ésta se encierra.

10 Esta huella de poste fue excavada en el Espacio 6, el cual no presentó problemas estratigráficos —como los reportados para el espacio 5— y se ubica en la primera fase de ocupación del convento.

Interficie 3: Abandono y usos múltiples temporales (siglo XIX): Unos años después de que se suprimieran los conventos menores en Colombia (1821)¹¹, la comunidad de agustinos logra mantenerse en el convento de Villa de Leyva hasta 1837, pues según el gobernador de la provincia de Tunja tanto en lo material como en lo formal el convento se hallaba “con mucha decencia” (Poveda 1993). Durante dos décadas permanece cerrado, luego es ocupado esporádicamente para diversos usos: sede para una fábrica de jabón (1858), de convento de los dominicos con el nombre de La Martinica (1859-1863), Colegio del Sagrado Corazón de Jesús (1872-1876) y posteriormente Colegio de Nuestra Señora de Lourdes (1877). Las directivas y profesoras de éste último deciden fundar en 1880 la comunidad de dominicas, que albergó entre otras a doña Aura María Borrás de Páez. Este abandono y uso parcial de la edificación posiblemente la afectó de manera visible, dándole un aspecto ruinoso (solamente para los 18 años que estuvo desocupada entre 1974 a 1992, se registró el derrumbamiento del muro sur de la iglesia, el desplome total de los techos y la erosión continua de sus muros de barro).

A nivel arqueológico, fue difícil diferenciar el abandono, los usos múltiples y la readecuación posterior para dar cabida a la comunidad de dominicas, por tanto se presentan como una sola interficie; cada una de estas actividades significó una alteración en la estructura y uso del monumento. Entre ellas, está la presencia en la crujía norte de un estrato muy marcado de carbón mineral. La explotación de este material se inició en Samacá, durante el siglo pasado. Asociado a éste se encontraron fragmentos de unas vasijas muy grandes, gruesas e impregnadas de hollín¹².

Se incluye otra posible cocina, evidenciada por las huellas de un fogón en el piso y en las paredes —que además presentan material cultural reciente mezclado en los adobes—. Se plantea que éste podría corresponder al sitio de la cocina de los revolucionarios que se tomaron el convento en 1844.

11 A raíz de la carta constitucional redactada en el Congreso de Cúcuta de 1821, se promulgó una de las reformas de mayor impacto económico y religioso: la supresión de los monasterios que tuvieran menos de ocho residentes y la consecuente confiscación de sus bienes. Según algunos esto se debía a que “sus patrones de comportamiento eran muy bajos” (Bushnell 1996:87), no obstante, fueron respaldados por las clases populares y en aras de continuar con algunas de sus labores, los conventos fueron entregados para el funcionamiento de las escuelas.

12 La pasta corresponde al tipo Naranja Pulido descrito para el período prehispánico (cf. Falchetti 1975).

Como parte de las alteraciones más evidentes efectuadas por las dominicas, están la reducción del espacio de la iglesia para dar paso al teatro del colegio (que funcionó en la capilla lateral), la reconstrucción de la crujía norte y la adición de nuevos espacios en este mismo sector. Al adecuar la capilla lateral, se elevó un muro que la separó de la iglesia, ahora de menor tamaño. Junto a los cimientos del nuevo muro (que al momento de las excavaciones ya se había derrumbado) se halló un nicho con una cáscara de huevo, una cuchara de madera y un pequeño bloque de sal, señalando nuevamente la costumbre de los albañiles de dejar desechos de comida en sus áreas de trabajo.

Fase 4: Convento e internado de las Dominicas (siglos XIX—XX) La reconstrucción corresponde en gran parte al relato oral de doña Aura María (Fig. 5). En ciertos sectores se verificaron algunas de sus descripciones como el hallazgo de la estructura de las acequias, la traba de algunos cimientos no evidentes hasta el momento de la excavación, al igual que el caso del cuarto de costura donde se encontraron unas tijeras y un carrete de hilo. Posteriormente, en este cuarto (cuando el edificio funcionó como Normal) se instaló un sobrepiso de madera que permitió la conservación de estos objetos *in situ*.

En la entrevista se recogieron datos referentes al uso y conducción de las aguas dentro del edificio. Doña Aura María narra que en un espacio que se hallaba al descubierto (E-24), solo existían las acequias, las cuales traían el agua desde los lavaderos y luego la dividían en distintas direcciones. Esta agua la tomaban de la quebrada del costado sur, desviándola en la parte alta y —al estar inclinado el terreno en esa zona— conduciéndola por gravedad hacia el convento; a esta misma quebrada iban a bañarse las niñas y las monjas. Una de las acequias llevaba el agua al patio central, donde se llenaban los canales en ladrillo y de ahí, “con las manos”, se rociaban los rosales. Otra acequia conducía el agua al sitio de las letrinas para las niñas (E-25) y luego las desaguaba en el costado sur de la misma quebrada. Detrás de las letrinas de las niñas, se encontraban las de las monjas. Al momento de hacer el estudio no existía la estructura, aunque se destacaban unos cimientos.

En el espacio que ella describió como dormitorios de las internas (crujía occidental), se encontró un piso compuesto por adobes dispuestos en traba, lo cual llevó a los arquitectos a suponer que era muy antiguo; sin embargo, bajo el principio de la “limpieza” de los materiales originales, se procedió a desintegrar algunos de estos bloques y se hallaron incluidos en ellos

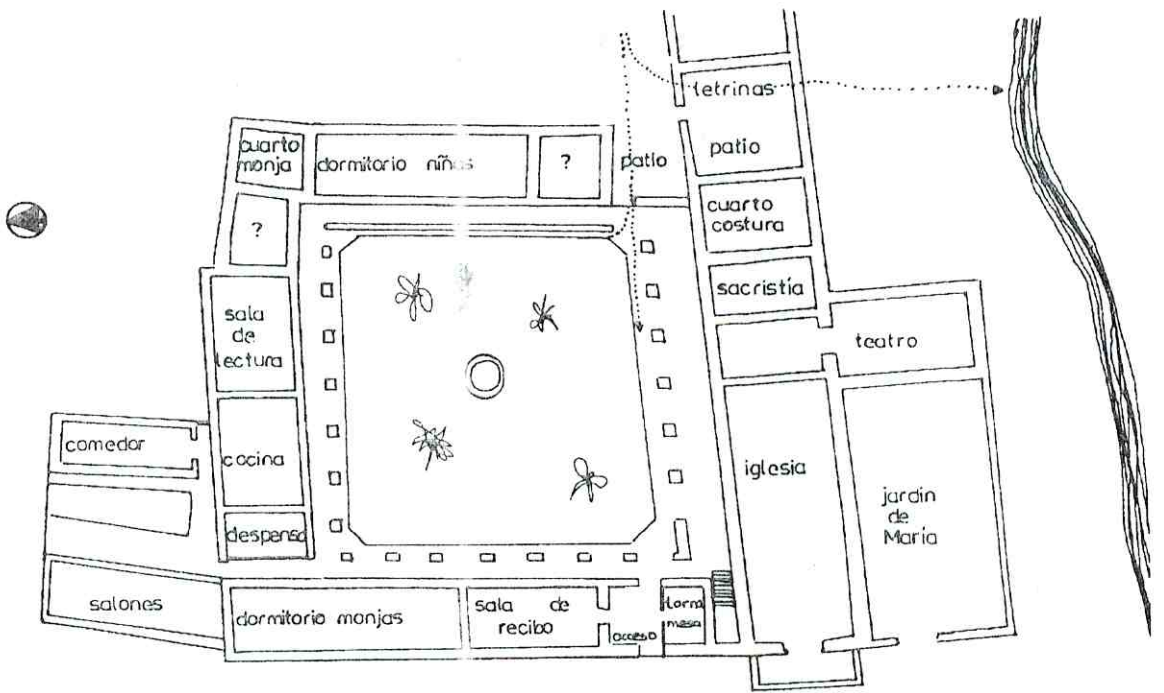


Figura 5. Convento de San Agustín, Villa de Leyva: colegio-convento de las dominicas, siglo XX. Reconstrucción a partir del relato oral de doña Aura María.

fragmentos de loza fina blanca elaborados en una técnica que sólo comenzó a implementarse en Inglaterra a finales del siglo XVIII. Se infirió por tanto que los adobes se utilizaron para adecuar el espacio como dormitorios, cuya cobertura comprende la casi totalidad del área descrita por doña Aura.

Interficie 5 y fase 6: Normal Superior de Señoritas (siglo XX). Para esta última etapa de ocupación sólo se evidenció un cimiento divisorio en la crujía norte, cuya característica principal es su composición de cemento. En otros espacios, a los que se les instaló piso de madera, se hallaron monedas que datan de 1966 y 1967, fechas que coinciden con la época de readecuación del edificio. Otras estructuras evidentes son los baños modernos, tanto en el área de las antiguas letrinas, como en E-17, E-22 y E-27.

Interficie 7: Remodelación. Poco antes de dar inicio a los estudios preliminares y el diseño de la restauración del monumento, la alcaldía de Villa de Leyva inició, con recursos propios, la remodelación de la estructura con el fin de ponerla en uso nuevamente. Esto también fue motivado por un pleito con la comunidad de las dominicas, por la posesión del edificio. Dicha remodelación implicó transformaciones radicales de la estructura, especialmente en la crujía occidental, donde fueron levantados varios muros de

ladrillo, con cimientos relativamente profundos en concreto. La obra fue interrumpida por Invías.

Convento de San Francisco, Villa de Leyva¹³

Los datos documentales sobre el convento fueron tomados principalmente del trabajo efectuado por las arquitectas María Eugenia Martínez y María Isabel Mayorga, diseñadora del proyecto restauración del claustro y su asistente, respectivamente (Hermana Ana et al. 1995).

Posiblemente este sea de los tres conventos el que presenta la secuencia de ocupaciones más compleja. El asentamiento y fundación del convento franciscano son relativamente tardíos en la historia de esta villa y se inician en 1612, con la construcción de una capilla y ermita. Para establecerse de manera permanente fue necesario que el encomendero de Sáchica, capitán Juan Pérez de Salazar, le cediera a la comunidad unas casas de su propiedad (según los documentos las mejor construidas de entonces), que ocuparon a partir de 1614. A lo largo del período colonial se readecuó este conjunto, en busca de conformar un claustro de acuerdo al modelo constructivo conventual de los franciscanos. A partir de 1684, la comunidad estuvo compuesta por seis religiosos (Mantilla en Hermana Ana et al. 1995).

En 1779, se reporta que el claustro cuenta con cinco celdas, cocina y solar cercado y que se construyen tres celdas más y un refectorio. En 1785, don Pedro Borrás, abogado de la Real Audiencia, manda construir una iglesia para el convento, pues la que existe es muy reducida. Para 1789, el claustro cuenta con nueve celdas, una biblioteca y una iglesia más grande y adornada, pero hay únicamente tres o cuatro clérigos a cargo.

Poco después de lograr consolidar el espacio como una unidad e incluso elevar la altura de la estructura para incluir un segundo piso, la comunidad es expulsada en 1821 y el edificio adjudicado al Colegio Boyacá. De 1829 a 1837 funcionó como hospital, posteriormente se abandonó y en 1875 se funda un centro de estudios agropecuarios, el cual fracasa. A partir de 1880, las dominicas terciarias lo restauran y usan nuevamente como hospital de manera intermitente hasta 1944, cuando abandonan tanto el convento de San Agustín como este claustro. En 1969 se adecúa y funciona como hostería

13 Agradezco a María Isabel Patiño su colaboración durante las excavaciones y elaboración del informe de este proyecto.

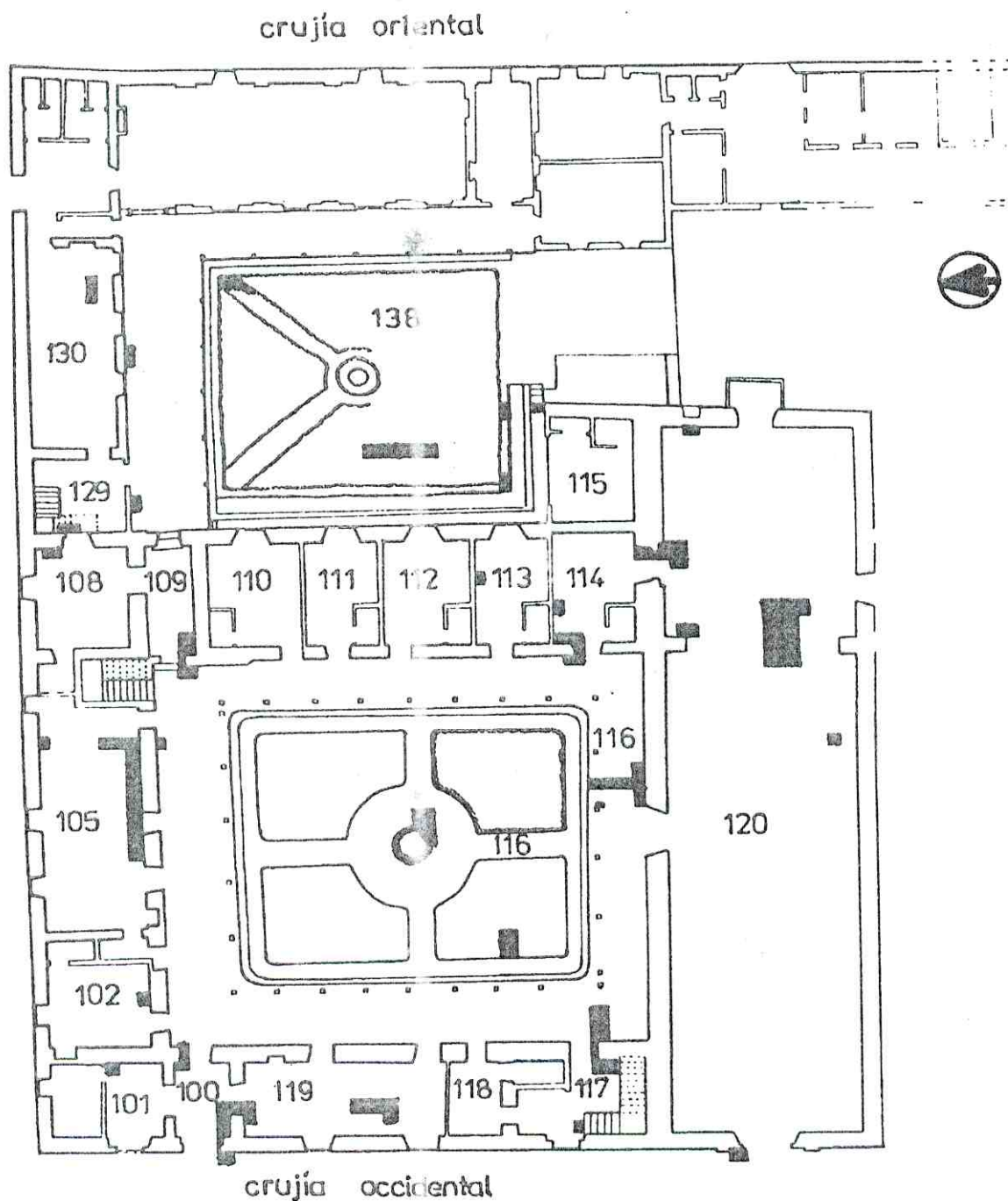


Figura 6. Claustro de San Francisco, Villa de Leyva: unidades de excavación.

hasta 1980, año en el cual pasa a manos de la alcaldía. Entre 1983 y 1986 tiene diversos usos que culminan con el establecimiento del Colegio Verde que funcionó allí hasta 1996.

Este variado uso, al igual que el registrado para el convento de San Agustín, son una muestra de la inestabilidad que sufrió esta región durante

la recién conformada república y a lo largo del siglo XIX. La duración efímera de distintas empresas instaladas dentro de estos ex-conventos señala el estancamiento económico; sólo pudieron salir adelante al proveer para las necesidades básicas de salud y educación.

En las excavaciones efectuadas (Fig.6) se obtuvieron, de las estructuras y rasgos, datos que parecen confirmar la organización espacial inicial de las casas cedidas por el encomendero de Sáchica, así como de la ermita. El análisis integral de las estructuras y los materiales culturales, procuró los datos suficientes para sustentar algunas propuestas de uso y modificación de los espacios.

Primera fase: fundación del claustro (siglo XVII). Dos razones impidieron discernir con mayor claridad las fases e interfaces de esta edificación. Por un lado, su uso continuo como centro de investigación, abierto al público, dificultó la apertura de sondeos más amplios que permitieran detectar la evolución del edificio. Por otra parte, las características complejas de la fundación del claustro, dificultaron la tarea de identificar su secuencia de ocupación.

Los hallazgos más profundos, en cuanto a estratos y objetos, se hicieron por debajo —e incorporados— en una estructura de piedra detectada tanto en la iglesia (Espacio 120) como en el corredor anexo (Espacio 116); por sus características se propone que corresponde a los cimientos de una edificación muy antigua. En éstos se encontró la mayoría de los materiales culturales diagnósticos, es decir, aquellos que presentaban elementos de identificación que permiten reconstruir las formas y decoración de las vasijas así como la época probable de producción.

Otra característica notoria de algunos de los materiales hallados a esta profundidad, es la presencia de huellas de hollín o quemaduras asociados con actividades culinarias. Todo esto se refuerza con la presencia de abundantes fragmentos de restos óseos animales y trozos de carbón (especialmente en el sondeo efectuado en E—117 hacia el corredor).

La deposición de estos desechos se interpretó como producto del funcionamiento de las casas particulares que fueron cedidas a la comunidad. El que se hayan incorporado en el cimiento de la iglesia está relacionado nuevamente con el manejo de las basuras. En el pasado y aún hoy, los desechos en áreas donde no funciona su recolección, se depositan en los patios traseros, hecho que también se observó en el

convento de San Agustín. En otros casos la dispersión de las basuras también abarca los alrededores de la vivienda cuando no hay construcciones aledañas, aunque en este caso no se aplica, pues se documenta la existencia de varias casas adosadas.

Un estudio pormenorizado de estos patrones (South 1979: 218-219) demuestra que en áreas cercanas a la casa, los fragmentos de los desechos de la cocina son más pequeños, mientras que cuanto más se alejen de ella, donde la circulación de individuos y animales no es frecuente, los pedazos son más grandes y hasta se llega a encontrar los artefactos casi enteros. Dicho patrón se observó en la antigua estructura ubicada en la crujía occidental, donde los desechos compuestos por abundantes fragmentos pequeños de cerámica, restos óseos animales, carbón y cenizas se dispersaron a partir de esta sección (niveles 5, 6 y 9 de E-117¹⁴) hasta la parte más alejada, en los cimientos de la iglesia, donde se encontró incorporado un cuenco vidriado completo.

La construcción de la ermita, cuyos vestigios posiblemente corresponden a la estructura hallada en E-120 y el corredor anexo (E-116), tendría inevitablemente que incluir en sus cimientos estos materiales de desechos dispersos sobre el piso. Esta circunstancia permite, además, plantear unas fases de ocupación y/o construcción del conjunto conventual original así: 1) construcción y habitación de las casas del encomendero a fines del siglo XVI, 2) construcción de la ermita en 1612, con lo cual se considera fundada la comunidad en esta villa y el conjunto se completa cuando ésta ocupa las casas cedidas en 1614 y, 3) adecuación del área total para conformar el claustro, el cual incluye una nueva iglesia, construida sobre la ermita demolida, a finales del siglo XVIII (Fig.7).

Segunda fase: adecuaciones para configurar el claustro (siglo XVIII). Es posible que en 1779 la cocina se reubicara hacia la crujía norte, lo que se infiere del hallazgo de hollín y de material carbonizado, aunque en una cantidad mucho menor al de E-117; esta adecuación probablemente se hizo con el fin de localizarla en cercanías al refectorio, el cual, de acuerdo con la información documental, estaba en construcción para esta época y podría haberse localizado hacia el ala norte.

14 Incluso por las características de estos materiales, algunos llegan a servir de abono para la huerta que se tenga en el patio trasero.

La presencia de residuos de cocina en el corredor del ala oriental del claustro, permitiría proponerla como la nueva área de desechos (entre E-110 y E-113). La ausencia de materiales culturales y de niveles estratigráficos profundos en los espacios explorados (E-113) en esta crujía, hacen difícil sugerir otro uso así como su temporalidad. Sólo los indicios de alteración humana y la presencia de conducciones de agua (acequias y tuberías) por este sector, permiten plantear la localización no sólo de una zona de desecho sino también de letrinas (lo cual concuerda con la ausencia de niveles estratigráficos con material cultural y la presencia de un lecho estéril de arcilla).

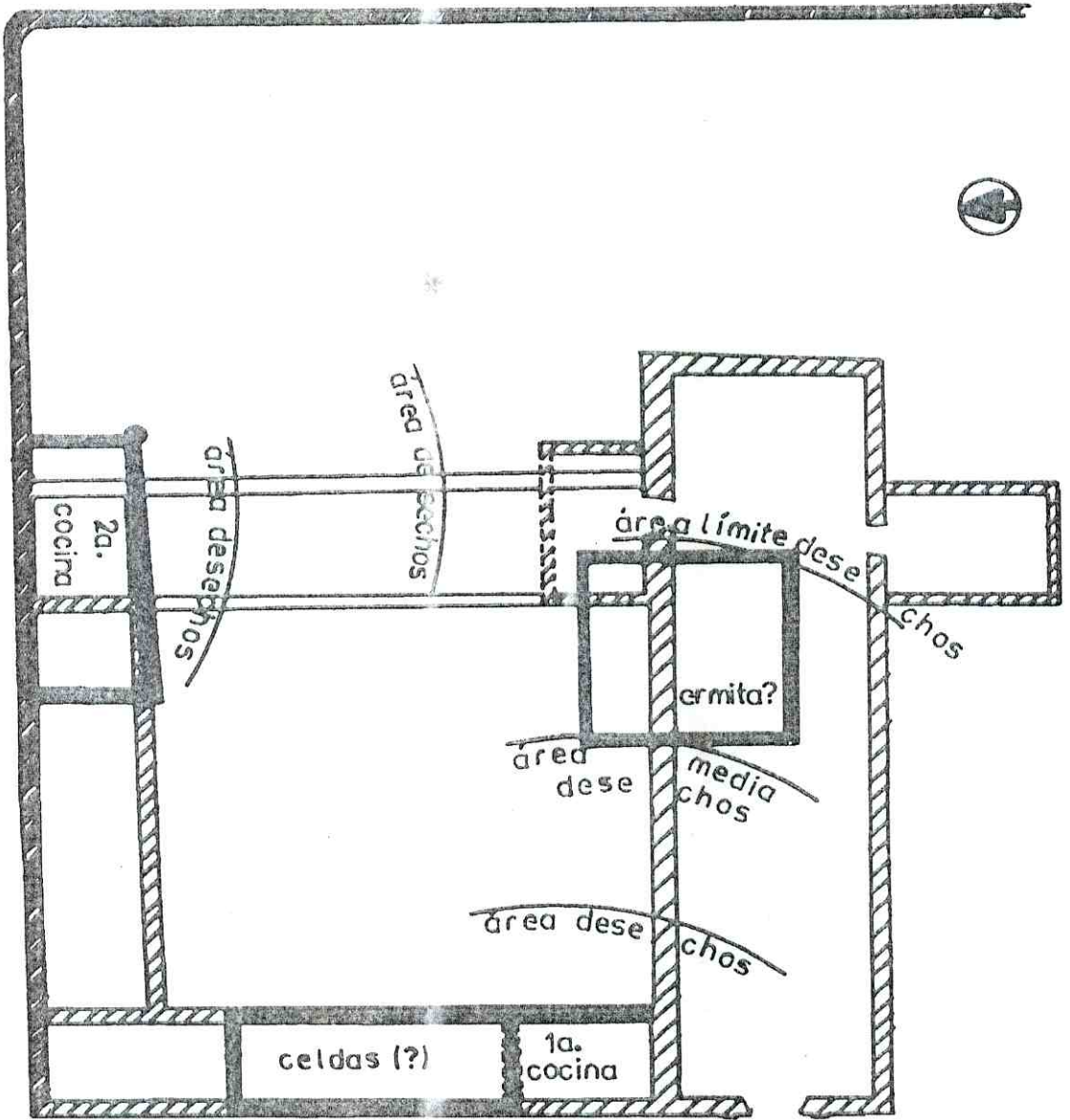
La reconstrucción e incorporación de la crujía norte al conjunto conventual, efectuada sobre una estructura existente con anterioridad¹⁵, parece haberse realizado de manera simultánea a la construcción de la nueva iglesia, aproximadamente en 1785. Esto se evidencia tanto por las características del cimientado de la crujía norte (E-114) como por las de la sacristía anexa a la iglesia y las de E-105, las cuales son idénticas en la peculiar textura arenosa¹⁶ que caracteriza al mortero con el cual se sentaron las piedras.

Sin embargo, como se señalara atrás en la historia de la comunidad franciscana, ésta tuvo que salir del convento poco después de que lograra ajustarlo a sus necesidades. Este factor, aunado al reducido grupo de clérigos que lo habitaba por entonces, hacen difícil identificar la función y distribución de los espacios durante esta época.

Tercera fase: múltiples alteraciones al conjunto conventual (siglos XIX y XX). Las intervenciones posteriores para adecuar el claustro a sus nuevos usos no fueron tan evidentes, especialmente cuando, en dos oportunidades, funcionó como hospital. La transición de convento a hospital fue muy común en varios lugares, dada la distribución de los espacios y las necesidades de ambos —cuartos pequeños o celdas, cocina comunal, refectorio o comedor y hasta iglesia y cementerio en cualquiera de los dos casos— lo cual posiblemente evitó que para este nuevo uso se debiera alterar

15 La forma de esta estructura en piedra es bastante peculiar, al igual que su localización (Espacio 105). Estas circunstancias y un primer diagnóstico de los materiales culturales asociados a ella, permiten asumir que se trata de una estructura anterior a la del claustro.

16 Arena de textura similar a la usada en el afinado del cimientado de la iglesia. Sin embargo, la técnica en estos espacios (105 y 113) consiste en mezclarla con arcilla y no pañetar las caras.






Fases de ocupación: Claustro—casas encomendero y ermita, siglo XVII: 
 Reacaudación convento, siglo XVII: 
 Conformación final del claustro, siglo XVIII: 

Figura 7: Convento de San Francisco, Villa de Leyva:

sustancialmente la estructura. La única adecuación que presumiblemente pudo efectuarse durante esta fase, fue la instalación de la cocina en un espacio más alejado del claustro, donde aún hoy son visibles las huellas de hollín impregnadas en la cubierta del E-130.

De otra parte, la remodelación para poner en funcionamiento el hotel sí implicó una intervención notoria del edificio: cambios en la cocina, el comedor, construcción de nuevas adiciones y atracciones (como la piscina)

y, al interior del claustro remoción de los viejos pisos e instalación de baldosín de cemento de colores (los cuales aparecieron en los tres conventos, fruto de una moda impuesta a mediados de este siglo) y de baños suficientes para los huéspedes.

La alcaldía y el Colegio Verde lo adecuaron de nuevo a sus necesidades, interviniendo una vez más el edificio.

Claustro de San Francisco, Ocaña¹⁷

Ocaña fue fundada en 1570, en un área circundada de valles habitados por numerosos grupos indígenas y como respuesta a la necesidad de buscar una salida más fácil y comercialmente efectiva a la ciudad de Pamplona, la cual para sus intercambios comerciales estaba subordinada al envío de las mercancías desde Bogotá por el lago de Maracaibo, ruta que poco a poco se fue restringiendo. La ubicación estratégica de Ocaña, a medio camino entre Pamplona y el río Magdalena, permitió igualmente que desde épocas tempranas se convirtiera en un punto intermedio de comercio entre la costa y el interior, pues contaba también con fuertes lazos con Santa Marta, desde la cual entraban los productos extranjeros. La importancia de esta red comercial se prolongó hasta bien entrada la república (Páez 1940:480).

La primera salida que tuvieron los pamploneses al río Magdalena fue por la ciénaga del Bachiller, a la altura de la desembocadura del río Lebrija. Sin embargo, la necesidad de depender de indios cargueros para el transporte comercial, prohibido ya por la corona, hizo que se buscara otra alternativa. Esta se intentó a través de Río de Oro, que ya contaba con un acceso directo al río Magdalena. Sin embargo, las pugnas entre los mineros de ambas áreas, hace que los pamploneses adelanten exploraciones en sus territorios. En este período se fundan Mérida y San Cristóbal.

La Fundación de Ocaña fue aprobada por la Real Audiencia a cambio de que sus pobladores aceptasen recibir vecinos e indígenas de Santa Marta. Se funda como ciudad y recibe posiblemente, los nombres de Nueva Madrid de Ocaña, Nueva Ocaña u Ocaña simplemente (Meléndez 1984:21). No sólo sirvió de puerto comercial a Pamplona, San Cristóbal y Mérida sino hasta al centro del país, especialmente en los siglos XVI y XVII (Meléndez 1984:22). Para el transporte de mercancías se crearon compañías, dotadas de recuas de mulas.

17 Agradezco a Jorge Alarcón su colaboración durante las excavaciones y elaboración del informe de este proyecto.

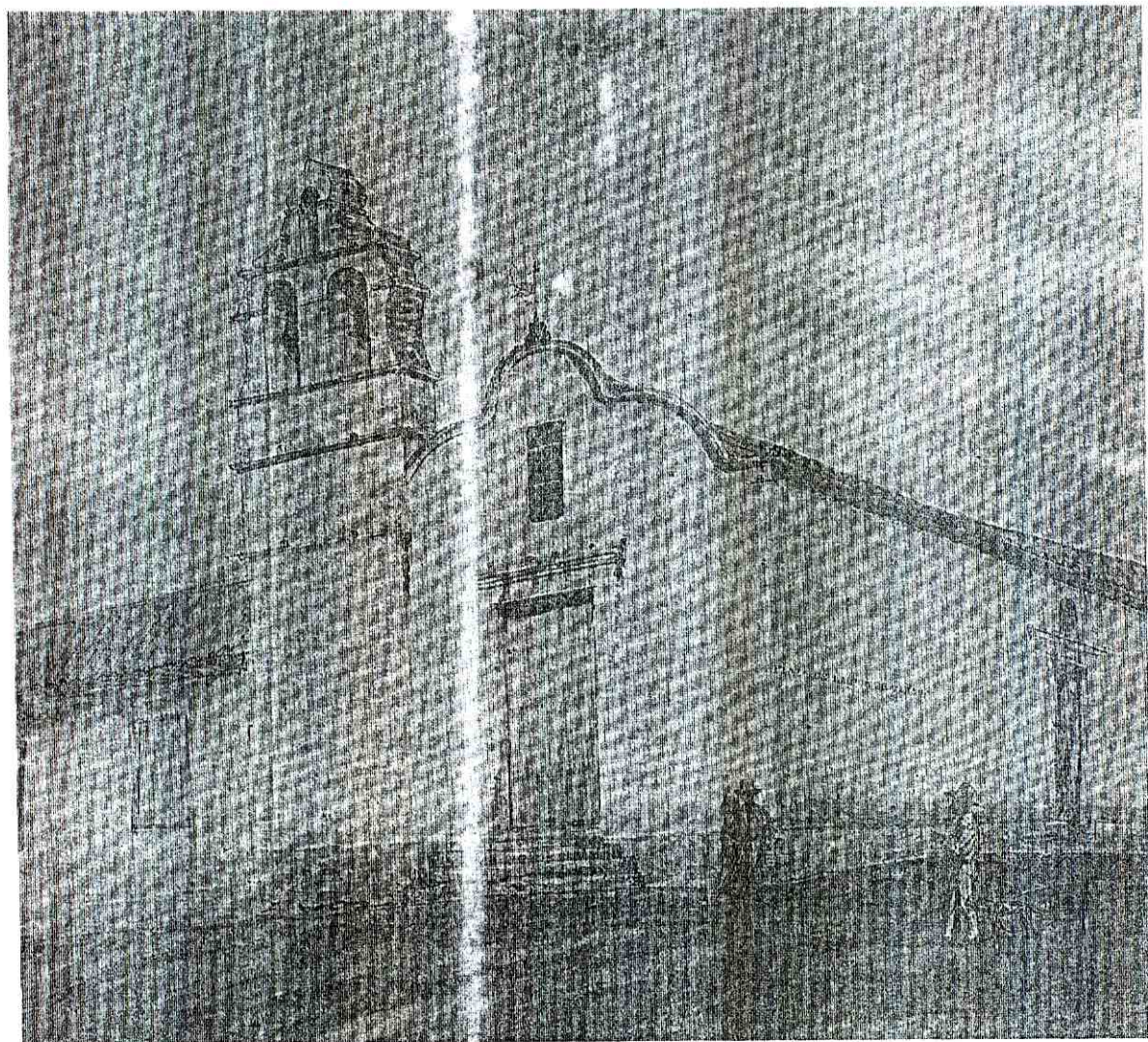


Figura 8: Iglesia de Ocaña donde se reunió la Convención Colombiana (Acuarela de la Comisión Corográfica. Litografía Arco, 1986).

En 1610, se reclamaba que la pobreza de la ciudad había impedido la construcción de la Iglesia mayor y por ello, los vecinos dependían de las iglesias de los conventos de San Agustín y San Francisco. Este último incluso se vió perjudicado por las obras, ya que sus limosnas se desviaron para las obras de la Iglesia Mayor.

Hacia el siglo XVIII, los esfuerzos de la corona por detener el contrabando que de Rioacha pasaba hacia Ocaña y el posterior auge de la Parroquia de San José, conocida hoy como ciudad de Cúcuta la cual absorbe el tráfico comercial del área, conducen a la decadencia de Ocaña como puerto (Meléndez 1984:116).

La investigación arqueológica del claustro se hizo bajo condiciones particularmente difíciles, por cuanto las excavaciones no se realizaron en la etapa preliminar de diseño sino cuando la obra de restauración ya se encontraba bastante adelantada. A pesar de contar con una historia documentada acerca de la secuencia de ocupación y cambio del claustro, ésta no pudo ser complementada ampliamente con los datos arqueológicos; dado el avanzado estado en que se encontraba la restauración, sólo fue posible realizar pequeños pozos de sondeo, lo cual impidió definir claramente las fases e interfases. Sin embargo, los materiales culturales permitieron identificar algunas áreas de actividad y aportaron importante información sobre patrones culturales. En este sentido, la descripción de la secuencia evolutiva del edificio será más bien breve, mientras que su aporte para la comparación de la cultura material con las otras comunidades será mayor.

Primera fase: fundación y ocupación del claustro. La fundación de la comunidad, a mediados del siglo XVII, es tardía con respecto a la de San Agustín pero contemporánea con la de San Francisco en Villa de Leyva. Su edificio fue usado como claustro hasta principios de siglo, cuando se convierte en colegio y posteriormente en universidad. El diseño para la restauración del edificio incluyó espacios para albergar una biblioteca, un museo especializado sobre la Convención de Ocaña¹⁸ —celebrada en este recinto— y otro tipo de actividades culturales.

Entre algunas de las características del asentamiento y construcción del edificio se observó la quema de vegetación del área donde se construyó el claustro. El hallazgo de restos óseos animales y fragmentos cerámicos por debajo de los cimientos, correspondería a los desechos de una ocupación anterior o tierra de relleno y/o basuras extraídas de otro lugar y botadas allí para nivelar el piso. Más evidente aún es la existencia de una (o varias) fábricas de ladrillo y teja en Ocaña, que se encontraban en funcionamiento al momento de la construcción del edificio, de las que, al parecer, se obtuvieron abundantes retales para mezclarlos en los cimientos. A diferencia de los anteriores conventos, no se encontraron cimientos “limpios” que indicaran claramente cuál fue la estructura original.

18 Después del Congreso de Cúcuta celebrado en 1821 con el fin de redactar la constitución que guiaría el destino de la “Gran Colombia”, se despertaron tempranamente ciertos resquemores por la política centralista que se había impuesto. Tanto Venezuela como Ecuador buscarían separarse efectivamente y esto motivó adelantar en algunos años la reunión de los constituyentes, con el fin de revisar una nueva propuesta, durante la convención de Ocaña de 1828, la cual se disolvió sin poder dirimir el conflicto entre federalistas y centralistas (Bushnell 1996:100-103).

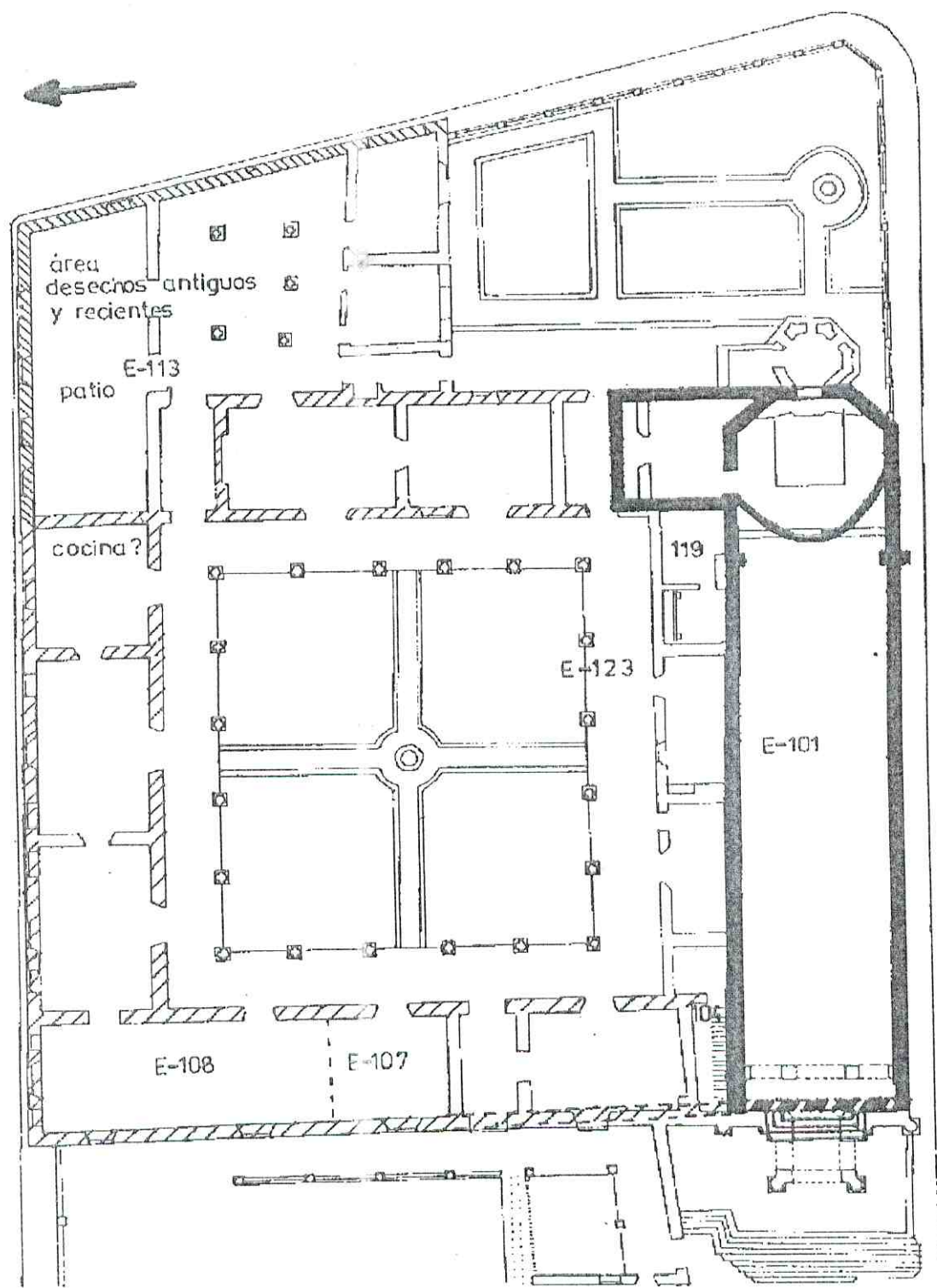


Figura 9: Claustro de San Francisco, Ocaña: reconstrucción hipotética del claustro.

Otro dato de interés fue hallado en el presbiterio de la iglesia (E-101), donde se construyó una estructura semicircular sobre la cual no existían referencias en los documentos escritos. A partir de una serie de materiales, como fragmentos de periódico con fecha de 1928, se pudo demostrar cuándo se cubrió la estructura, pero no se encontraron evidencias que indicaran

cuándo fue construida. Esto se dificulta, en ésta como en otras iglesias, por la alteración que presentan los estratos en su interior, ya que prestaban igualmente servicio como cementerio, en algunos casos hasta por más de trescientos años.

Aparte de esta estructura semicircular (hecha con ladrillos y mortero de calicanto), se detectaron las huellas dejadas por los adoquines utilizados para tapar esta estructura. Posteriormente fueron cambiados por un piso de adoquín vitrificado moderno, presente aún en el momento de las excavaciones. En los tres casos analizados aquí, se evidenció como práctica común la de levantar los pisos viejos, elevar su nivel con material de relleno, cascajo o arena y luego sentar el mismo piso o poner uno nuevo. En áreas como Cartagena o Ciudad de México, donde el nivel freático es alto, se ha reportado la elevación de pisos simplemente sentando el nuevo material sobre el antiguo, sin necesidad de reciclarlo.

Por los cambios en las unidades de estratificación y los materiales culturales, se pudo advertir igualmente que el nivel de los pisos de otros sectores del claustro fue elevado en distintos momentos. A partir del cambio en la coloración de los pisos y de la presencia de material cerámico diagnóstico (en E-107 y E-108), se observaron dos estratos claramente diferenciados; en el más profundo se encontraron fragmentos de mayólica cuya producción se sitúa entre 1600 y 1650 (Deagan 1987:92), mientras que en el segundo estrato aparecen materiales más modernos. De igual manera, el hallazgo de material tardío en E-113 permitió proponer su uso como patio o espacio descubierto donde se acumularon desechos hasta tiempos recientes.

Otro elemento que ayuda a la datación de los estratos es el pañete (mezcla para recubrir las paredes), con y sin pintura mural. En las sucesivas remodelaciones de los monumentos, pañetar y pintar paredes es una de las labores ejecutadas con mayor frecuencia. Es común observar que el pañete a ser reemplazado se pique con el fin de darle mayor adherencia al nuevo. El desecho que genera el picado se convierte luego en un fino estrato, observable en los pisos de casi todos los espacios.

Mediante el análisis comparativo de los pañetes —su posición y composición—, se pueden obtener datos sobre su antigüedad. Al complementarlo con el estudio del color dado a algunos muros, es posible ubicarlos con fechas más precisas. Su hallazgo en un estrato hace posible inferir que

cualquier otro piso superpuesto a los fragmentos de pañete, sólo puede corresponder a una fecha posterior a su deposición (*terminus post quem*).

El hallazgo de estas finas capas de pañete en niveles muy profundos (en E-101 en el presbiterio, E-104 y E-119 anexos a la iglesia y en E-123), permite proponer dos explicaciones:

1. Durante la construcción de la iglesia, las paredes fueron pañetadas antes de nivelar los pisos entre el presbiterio y la nave y, hacia el exterior, entre la iglesia y el resto del claustro. El patrón generalizado en la construcción es el de pañetar después de sentar los pisos, lo que llevaría a suponer en este caso que la iglesia originalmente era una estructura separada del claustro. Este patrón se evidenció en el claustro de San Francisco en Villa de Leyva, cuando inicialmente se construyó una ermita.
2. No existía diferencia de nivel entre el presbiterio y la nave, pero posteriormente pudo elevarse, probablemente al construir la estructura semicircular.

En cualquier proyecto de restauración, es necesario hacer el estudio de los pañetes y pintura mural antes de las excavaciones arqueológicas. Por los componentes y la época de uso de ciertos materiales, es posible identificarlos en los pisos y establecer períodos, ya sea anteriores o posteriores a su aparición dentro de los estratos. Hasta el momento, este procedimiento no se ha seguido en ninguno de los tres claustros¹⁹, por lo tanto no se han identificado plenamente los fragmentos de pañete o las capas que se profundizan por debajo de los pisos actuales.

¿PREFERENCIAS O REFERENCIAS? SOCIEDAD Y CULTURA MATERIAL

Las perspectivas y orientaciones que permiten reconstruir historias pasadas varían de acuerdo a las disciplinas y los intereses que guían su estudio; los resultados se sustentan en fuentes de la más diversa índole. En el caso de los proyectos de restauración de monumentos, se cuenta con las estructuras inmuebles, los relatos orales, la iconografía y los vestigios de la cultura material, además de los documentos de archivo, que aunados sirven

¹⁹ Por lo general, se ha hecho simultáneamente con los sondeos arqueológicos, con el consecuente inconveniente que las unidades de excavación quedan llenas del pañete que se remueve para hacer las calas murales, y hay que excavar nuevamente!

para confrontar el conocimiento sobre el pasado y los intereses individuales o colectivos del presente. Pero hasta ahora el énfasis se ha puesto en el material escrito y con esto se privilegia, en ocasiones, sólo una parte de la historia de la sociedad y de sus procesos; las demás fuentes de información se convierten en material de verificación de hechos referidos en los archivos y documentos. De otra parte, se observa con frecuencia que la bibliografía secundaria consultada en estos estudios, se caracteriza por el toque academicista y patriótico, de grandes personajes y sucesos, inevitable por cuanto son estos los que han motivado la declaratoria de ciertas edificaciones (o entornos) como Monumento Nacional. Bajo estas condiciones, es difícil reconstruir la historia de aquellos que no pudieron escribir su propia historia o de los eventos cotidianos que por su rutina no se consideraron dignos de ser registrados.

Los estudios realizados sobre los conventos para dar paso al proceso de restauración se enfocaron, a veces de manera sesgada, a restituir el proceso de construcción y readecuación del edificio, en un ejercicio que dejó por fuera a sus actores. En los casos en que la información se extendió para referirse a estos últimos, ésta se convirtió en una historia amplia y en ocasiones ambigua, orientada a describir las comunidades religiosas en general, sin llegar a profundizar y caracterizar los procesos locales y regionales, para imbricarlos luego en el contexto global.

Desafortunadamente el análisis efectuado dentro del estudio arqueológico no pudo incluir todas las fuentes disponibles con el fin de llenar estos vacíos, no obstante, con el material cultural y otros datos adicionales sobre los tres conventos, se intenta mostrar ciertos aspectos socioculturales de los distintos grupos que los habitaron, al igual que algunas problemáticas metodológicas en el ejercicio de esta disciplina. Lo que se expone a continuación se presenta a manera de hipótesis, en busca de trabajarlo, en un futuro, dentro de un proyecto regional más extenso.

Aportes para una metodología arqueológica en los proyectos de restauración

La arqueología, como se ha demostrado, puede aportar información en dos niveles: uno, el cotidiano, que da a conocer algunos aspectos del diario vivir de los religiosos de un convento colonial y muchas veces es pasado por alto en los textos escritos, y otro, el largo plazo, en el que se perciben los cambios efectuados en la sociedad durante los últimos 500 años con la

lectura de la cultura material de diferentes grupos y fases de ocupación de estos monumentos. El objetivo debe ser el de unir estos dos ámbitos y participar en la construcción de un conocimiento del pasado que trascienda los límites disciplinarios existentes entre la arqueología, la historia, la antropología y la arquitectura, entre otras (Sherratt 1993:128).

En los estudios arqueológicos efectuados en monumentos, dos son los métodos más aconsejables para identificar el nivel cotidiano (horizontal) y datar las distintas ocupaciones (vertical): la estratigrafía y la clasificación de los materiales culturales, esta última diseñada para reconocer a los grupos a quienes pertenecieron y las actividades en las que fueron usados. El énfasis fue puesto en la cerámica particularmente, ya que ésta posee atributos que facilitan esta tarea. El hallazgo de monedas, periódicos u otro material que proporcione fechas exactas es eventual y, con ellos, de todos modos no siempre es posible construir secuencias.

En el caso de los sitios arqueológicos recientes (posteriores a la conquista), los métodos de cronología absoluta como el Carbono 14 quedan descartados, puesto que sus rangos de error son grandes en relación con los períodos estudiados; de ahí que sea preferible la datación con métodos relativos que contemplan las características particulares de los materiales o la asociación de los estratos a hechos evidentes y/o irrefutables (incendios, abandono, etc.).

En el caso del Claustro de San Francisco en Villa de Leyva, los materiales culturales, como los objetos cerámicos hallados, probaron ser de poca utilidad para construir las secuencias cronológicas del monumento. A excepción de unos minúsculos fragmentos de loza importada, el grueso de los artefactos se componía de materiales elaborados localmente, para los cuales no se ha establecido aún una tipología²⁰, que permita diferenciar períodos recientes (posteriores a la conquista). Por el contrario, en casos como éste, la posición estratigráfica ha servido para identificar, por formas y decoración, la loza vidriada corriente del primer período de ocupación del monumento (siglo XVII), como es el caso de las vasijas y fragmentos incorporados en los cimientos de la ermita.

Para el período colonial no se ha reportado, documental o arqueológicamente, la producción de cerámica o mayólica de características

20 La clasificación de Broadbent (1986) es, para el período histórico, demasiado general.

europas en lo que hoy es el territorio de Colombia. Los centros de producción más importantes aparecieron en Santo Domingo y Mexico y luego, en menor escala, en Panamá (Deagan 1987). Sin embargo, bajo la legislación colonial impuesta por los españoles, estos materiales debían suplir sólo las necesidades locales de su area, mientras que en aquellas regiones donde no existieran estas fábricas se debía depender de las mercancías traídas de España (MacLeod 1990). El contrabando parece haber constituido una actividad frecuente en Ocaña, teniendo en cuenta su relativa cercanía al centro productor de Panamá.

El vidriado, de gamas que variaban de verde a amarillo a café, fue la técnica de acabado más comúnmente aplicada en la cerámica manufacturada en la Nueva Granada, como alternativa de los productos esmaltados y dibujados procedentes de Europa, Mexico, Santo Domingo y Panamá. La frecuencia de aparición de esta cerámica en los tres conventos es más alta durante el período medio colonial (entre 1650 y 1780 aproximadamente), época en la cual disminuye la presencia del material foráneo en los tres sitios estudiados (esto mismo lo ha documentado Hoffman, 1993:76-79). De ahí, se podría plantear como hipótesis que su producción se desarrolla de manera estandarizada a partir de la segunda mitad del siglo XVII (cf. Therrien 1991), lo que podría verificarse a través de un estudio arqueológico y documental orientado a la búsqueda de evidencias, inventarios y testamentos que sustenten esta propuesta.

A diferencia de las variaciones en el tipo y frecuencia de aparición del material foráneo, la cerámica local ofrece una invariabilidad notable. A excepción de la nueva técnica del vidriado aplicada a los recipientes destinados a formar parte de la vajilla principalmente, las vasijas cuya función está asociada a las actividades culinarias no presentan mayores cambios. Las fuentes de extracción de arcilla varían poco y las formas generales de las vasijas ofrecen igualmente cierta continuidad²¹; se observa la dependencia de los españoles, desde su llegada, en este tipo de productos locales. Posiblemente se usaban además de las ollas, cazuelas y jarras de barro, otros recipientes —copas, por ejemplo—, hechos de metal.

Al compararse con los foráneos, además de la invariabilidad de los productos cerámicos locales, se observa que su frecuencia de aparición es

21 Entre los cambios evidentes están la dirección de las asas, de verticales a horizontales, y de los bordes de algunas ollas.

mayor, no sólo en los sitios arqueológicos españoles del territorio colombiano sino de América en general (Deagan 1987, Hoffman 1993). De una parte, por su uso en la cocina, los objetos tienden a romperse con mayor frecuencia y de otra, son de más fácil acceso y menos costosos para ésta y otras funciones.

Un recipiente de aparición frecuente en el registro arqueológico, común en toda América durante la Colonia y la República, es la jarra o botija de aceite—"Olive Jar"—(Goggin 1960), de producción española. Reconocible por su forma de ánfora, se ha encontrado en sitios de asentamiento de españoles, indígenas e incluso de ingleses. Su uso principal parece estar asociado al transporte de líquidos —tales como aceite de oliva y vino—, durante las travesías de continente a continente, pero no se descarta su utilización para almacenarlos ya en tierra. Para Santa Fe se tienen referencias según las cuales estos recipientes eran denominados de manera diferente, de acuerdo con el tipo de líquido que contenían: *botija* cuando eran para vino, *botijuela* para aceite de oliva (Vargas 1990). Sin embargo, estos términos podían hacer referencia a la cantidad del líquido, por el tamaño mismo de la vasija que los contenía. Sí es así, poder determinar la forma y tamaño a partir de los vestigios hallados en los sitios arqueológicos, posibilitaría conocer el tipo de líquido que se consumía o almacenaba.

Las variaciones en la forma de la jarra de aceite o botija a lo largo de los siglos, han conducido a clasificarla en tres estilos principales: temprano, medio y tardío. El temprano se encuentra frecuentemente en los primeros sitios conquistados por los españoles en el Caribe (Santa María la Antigua del Darién, entre otros, Arcila 1986), mientras que el estilo medio se difundió por todo el continente durante el período de la Colonia. El estilo tardío, parece que se manufacturó en territorio americano y se usó entre 1800 y 1900 (Goggin 1960, Deagan 1987).

Los fragmentos hallados en los tres conventos pertenecen al estilo medio, cuyo período de producción se sitúa entre 1560 y 1800. Dada su amplia cobertura, por sí solo no constituye un material diagnóstico para establecer cronologías, pero sí ofrece información en cuanto a función y uso.

En general, es indispensable para la arqueología lograr que los hallazgos de materiales culturales, y la clasificación de los mismos, puedan trascender más allá del listado descriptivo de los objetos e incorporarse a una problemática sobre su significado dentro del contexto cotidiano y de la secuencia a más largo plazo, en los estudios sobre monumentos. La

identificación de actividades, las preferencias de un grupo y de otro en una misma fase o entre distintos momentos históricos, la representación de lo local y lo foráneo, son algunos aspectos que deben incluirse en la investigación y en la construcción del pasado.

Vida conventual, producción local y comercio

Al comparar los materiales de los sitios de San Francisco en Ocaña y de San Agustín en Villa de Leyva, se concluyó que existía un patrón similar frente a la adquisición de artículos cotidianos como loza y menaje para la cocina. Se planteó el uso de materiales elaborados localmente tanto para la preparación como para la cocción de los alimentos, mientras que para el consumo se habría preferido la loza importada, que presentaba como característica esencial el ser esmaltada.

Sin embargo, este patrón, presente en los inicios de la vida conventual en ambos casos, se fue diferenciando. En San Francisco, Ocaña, la adquisición de objetos importados se presentó a lo largo de la evolución del sitio —aunque no con igual intensidad como al comienzo—, mientras que en San Agustín, Villa de Leyva, disminuyó notoriamente. Entre algunas de las causas se puede mencionar un mayor desarrollo de la manufactura local de objetos vidriados, en cercanías a Villa de Leyva, posiblemente Tunja, posteriormente en Chiquinquirá y Ráquira (Therrien 1991), para satisfacer los gustos españoles o españolizados; en tanto que en Ocaña, probablemente por su ubicación, era más fácil adquirir artículos importados (en ocasiones de contrabando) fuesen de España o de Panamá (vía terrestre o red fluvial). Esta diferenciación en las preferencias también pudo obedecer a las condiciones económicas de cada uno de los lugares.

Al incluir en este análisis los materiales del convento de San Francisco en Villa de Leyva, este patrón se hace más evidente. Como ya se mencionó, la presencia de materiales importados en el sitio podría considerarse nula, lo que probablemente estaba relacionado con la llegada tardía de los franciscanos a esta villa. De una parte, ya estaría en marcha la producción de los materiales locales vidriados (como lo atestiguan los cuencos hallados en la ermita), que les permitiría satisfacer sus preferencias por consumir alimentos en una vajilla recubierta con esmalte. Por otro lado, la fundación postrera de esta comunidad frente a las otras (abundantes por lo demás en el área), propició la ausencia de soporte económico generoso y constante, pues las doctrinas de indios ya se habían repartido (Hermana Ana et al.

1995). Para los franciscanos se hizo difícil, si no imposible, obtener los recursos para su sostenimiento e incluso para poder construir su claustro y, las mismas circunstancias, dificultaron la adquisición de materiales importados, escasos y lujosos debido fundamentalmente a las grandes distancias para transportarlos.

En ambos conventos de Villa de Leyva —el agustino y el franciscano— sería posible sugerir una merma en sus fuentes de ingresos, no tanto por una supuesta pobreza de la región sino más bien por un acaparamiento de los recursos e indígenas por parte de los hacendados y de la comunidad de los dominicos, quienes tenían a su cargo la parroquia y la mayoría de las doctrinas (Ariza 1963). Es posible que una gran mayoría de los personajes con buenos ingresos no vivieran en el pueblo y las eventuales ayudas que algunos prestaban a estas comunidades, finalmente parecían estar dirigidas a buscar sosiego en la otra vida, al igual que un lugar de prestigio dentro de la jerarquía de los muertos, como es el caso de la cesión de las primeras casas a los franciscanos, por las que su benefactor, el capitán Juan Pérez de Salazar, solicita a cambio que él y su familia sean enterrados en el mejor lugar de la iglesia (Hermana Ana et al 1995).

Cabe anotar aquí que en estos documentos, donde se hace referencia a la cesión de las casas que servirían de asiento al futuro convento de San Francisco, se enfatiza en que son las “mejores”. Sin embargo, no hay en el material cultural ningún indicio que sustente esta afirmación, por cuanto se supone que vivir en lo mejor se acompaña de otros lujos como una buena loza, por ejemplo. Aunque, de otra parte, se evidencia el piso de adoquín de barro, elemento que no siempre estaba presente, pues en las viviendas y otras edificaciones era frecuente encontrar pisos en tierra durante la etapa inicial de la colonia. Se podría inferir que sus propietarios no habitaban, por lo menos de manera permanente, el lugar. ¿Se encontrarían radicados en Tunja, centro social y político de gran importancia y, junto con virreyes y otros personajes importantes, se desplazarían a Villa de Leyva esporádicamente? La investigación de archivo hasta ahora no arroja nada definitivo acerca de ellos.

Finalmente, al comparar los materiales culturales del convento franciscano de Villa de Leyva con aquellos hallados en un sitio que parece corresponder al de una antigua hacienda, ubicada en la vereda de Salto y Bandera, sitio El Pencal en el valle de Leyva (Boada et al. 1989: anexo fichas), se observa una mayor variedad y diversidad de objetos (material

local, esmaltado y común, y evidencias de material importado tanto cerámico como de vidrio), en comparación con los conventos, lo cual podría sustentar la tesis acerca de la concentración de recursos y adoctrinados en las afueras de la villa, en detrimento de los recursos de estas comunidades religiosas.

La “pobreza” de estas comunidades inferida a partir de los datos arqueológicos o de la documentación, o la simplicidad de la estructura del edificio dentro del marco de un proceso evolutivo espacial complejo, no debe tomarse de manera aislada y específica para cada monumento que se ha de restaurar; su significado y la manera de interpretarlo debe efectuarse en el contexto cultural general de la región en donde se encuentra, al igual que en el marco de las relaciones globales que están a su alcance de acuerdo a los recursos con los cuales se cuenta. Esta misma línea de reflexión permite que las soluciones diseñadas para la restauración del monumento, respondan a las necesidades actuales de su entorno social, económico y cultural.

BIBLIOGRAFÍA

- ANA, Hermana; SORIANO, Luz Mery y TEURA
 1995 *Estudio histórico del Claustro de San Francisco, Villa de Leyva, Boyacá*. Subdirección de Monumentos Nacionales—INVIAS, Fundación para la Restauración del Patrimonio Cultural Colombiano—Banco de la República, Bogotá. (Inédito).
- ARCILA VELEZ, Graciliano
 1986 *Santa María la Antigua del Darién*. Presidencia de Colombia, Secretaría de Información y Prensa, Bogotá.
- ARIZA, Fray Alberto
 1963 *Los Dominicos y la Villa de Leyva*. Cooperativa Nacional de Artes Gráficas, Bogotá.
- BENAVIDES, Marcela
 1993 *Arqueología histórica en tres haciendas del Valle del Cauca. Identificación preliminar de los indicadores materiales*. Tesis de Grado, Universidad de los Andes, Bogotá. (Inédito).

- BOADA, Ana María; Mora, Santiago y Monika Therrien
 1989 *Estilos cerámicos: territorios y gentes. Prospección arqueológica en el sector Puente de Boyacá—Santa Sofía. Oleoducto central de los llanos. Instituto Colombiano de Antropología—Instituto Colombiano del Petróleo, Bogotá. (Inédito).*
- BOTIVA, Alvaro
 1984 *Arqueología de Rescate. Proyecto Hidroeléctrico del Guavio. Instituto Colombiano de Antropología, Empresa de Energía Eléctrica de Bogotá, Bogotá. (Inédito).*
- BROADBENT, Sylvia
 1986 Tipología cerámica en el territorio muisca. *Revista de Antropología*, vol. II (1-2): 35-71.
- BUSHNELL, David
 1996 *Colombia, una nación a pesar de sí misma. Editorial Planeta, Bogotá.*
- CORRADINE, Alberto
 1986 Fundación de Villa de Leyva y su desarrollo. En: *Villa de Leyva: Huella de los siglos*, pp 64-96. A. Sandri y Cía, Bogotá.
- DEAGAN, Kathleen
 1983 *Spanish St. Augustine. The Archaeology of a Colonial Creole Community. Academic Press, Nueva York.*
-
- 1987 *Artifacts of the Spanish Colonies of Florida and the Caribbean. Smithsonian Institution Press, Washington D.C.*
- DEETZ, James
 1996 *In Small Things Forgotten. An Archaeology of Early American Life. Anchor Books, Doubleday, Nueva York. (2a. Ed. revisada y ampliada).*
- DUQUE GOMEZ, Luis
 1960 *El descubrimiento de la tumba del Sabio Mutis. Informe sobre las excavaciones practicadas en el antiguo templo de Santa*

Inés. Academia Colombiana de Historia. Imprenta Nacional, Bogotá.

FALCHETTI, Ana María

1975 *Arqueología de Sutamarchán. Boyacá*. Biblioteca Banco Popular, Bogotá.

GOGGIN, John

1960 The Spanish Olive Jar. En: *Papers in Caribbean Anthropology*, Sidney W. Mintz (Ed), pp:3-37. Yale University Publications in Anthropology, Nueva York.

GUTIERREZ, Ramón

1992 *Arquitectura y urbanismo en Iberoamérica*. Ediciones Cátedra, S.A., Madrid. (2a. Ed).

HARRIS, Edward

1989 *Principles of Archaeological Stratigraphy*. Academic Press, London.

HOFFMAN, Kathleen

1993 The Archaeology of the Convento de San Francisco. En: *The Spanish Missions of La Florida*, Bonnie McEwan (Ed.), pp: 62-86. University Press of Florida, Gainesville.

LEONE, Mark

1977 Foreword. En: *Research Strategies in Historical Archaeology*, S. South (Ed.), pp:xvii—xxi Academic Press, California.

LORENZO, José Luis

1980 De la polémica sobre arqueología. *Revista de Historia y Antropología*, Julio-Dic, No. 90:103-118.

LLERAS, Roberto

1989 *Arqueología del Alto Valle de Tenza*. Fundación de Investigaciones Arqueológicas Nacionales, Banco de la República, Bogotá.

MacLEOD, Murdo

1990 Aspectos de la economía interna de la América española colonial: fuerza de trabajo, sistema tributario, distribución e intercambio. En: *Historia de América Latina*, tomo 3, Leslie Bethell (Ed), pp: 148-188. Cambridge University Press, Editorial Crítica, Barcelona.

MANTILLA, Luis Carlos

1984 *Los franciscanos en Colombia*. 2 tomos, Editorial Kelly, Bogotá.

MARTIN, Juan Guillermo

1995 *Casa de la Real Fábrica de Aguardiente —Villa de Leyva— Un acercamiento a la Arqueología Histórica*. Tesis de Grado, Universidad Nacional de Colombia, Bogotá. (Inédito).

MATUTE, Santiago

1897/99 *Los padres candelarios en Colombia: o, apuntes para la historia*. 4 vols. E. Pardo, Bogotá.

MELLENDEZ, Jorge

1984 *Ocaña Colonial. El encuentro de la rutas coloniales de la Nueva Granada*. Ecoe, Bogotá.

MESANZA, Andrés

1936 *Apuntes y documentos sobre la orden dominicana en Colombia de 1680 a 1930*. Editorial Suramérica, Caracas.

MOLANO BARRERO, Joaquín

1990 *Villa de Leyva. Ensayo de interpretación social de una catástrofe ecológica*. Fondo FEN, Bogotá.

ORSER, Charles y Brian Fagan

1995 *Historical Archaeology*. Harper Collins, Nueva York.

PAEZ COURVEL, Luis Eduardo

1940 Fundación de Ocaña. *Boletín de Historia y Antigüedades*, vol XXVII (308-309): 445-503

PÓVEDA, Jaime

1993 *Estudio histórico del convento de San Agustín, Villa de Leyva.* Subdirección de Monumentos Nacionales-Invías, Bogotá. (Inédito).

PRADILLA, Helena, Villate, Germán y Francisco Ortiz

1995 Arqueología del cercado grande de los santuarios. *Boletín del Museo del Oro*, No. 32-33:21-147.

RODRIGUEZ, Carlos Armando, Forero, Eduardo y Monika Therrien

1991 Arqueología histórica de rescate en la Ermita Vieja del Señor de los Milagros, Valle del Cauca. *Cespedesia*, 18(67): 183-190.

SAENZ, Napoleón Ignacio

1968 *Villa de Leyva, Tradiciones y Anhelos.* Ayudantía General, Comando del Ejército, Bogotá.

SCHUYLER, Robert

1978 The Spoken Word, the Written Word, Observed Behavior and Preserved Behavior: The Contexts Available to the Archaeologist. En: *Historical Archaeology: A Guide to Substantive and Theoretical Contributions*, R. Schuyler (Ed), pp: 269-277. Baywood Publishing Co., Farmingdale, Nueva York.

SHERRATT, Andrew

1993 The relativity of theory. En *Archaeological theory: who sets the agenda?* N. Yoffee y A. Sherratt (Eds), pp: 119-130. Cambridge University Press, Gran Bretaña.

SOUTH, Stanley

1979 Historic Site, Content, and Function. *American Antiquity*, vol. 44(2): 213-237.

THERRIEN, Monika

1991 *Basura arqueológica o tecnología cerámica. Estudio de un basurero de taller cerámico del resguardo colonial de Ráquira, Boyacá.* Tesis de Grado, Universidad de los Andes, Bogotá. (Inédito).

- 1993a *Estudio arqueológico del convento de San Agustín, Villa de Leyva, Boyacá.* Subdirección de Monumentos Nacionales-Invías, Bogotá. (Inédito).
- 1993b *Estudio arqueológico del Claustro de San Francisco, Ocaña, Norte de Santander.* Subdirección de Monumentos Nacionales-Invías, Bogotá. (Inédito).
- 1995 *Estudio arqueológico del Claustro de San Francisco, Villa de Leyva, Boyacá.* Subdirección de Monumentos Nacionales-Invías, Fundación para la Restauración del Patrimonio Cultural Colombiano-Banco de la República, Bogotá. (Inédito).
- VARGAS LESMES, Julián
- 1990 *La sociedad de Santa Fé colonial.* Centro de Investigación y Educación Popular-Cinep, Bogotá.